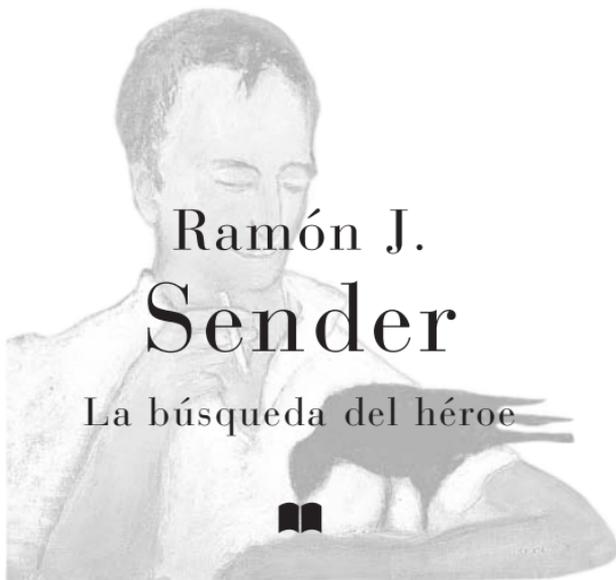


José-Carlos Mainer



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas

Publicación nº 80-30 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: José-Carlos Mainer

Ilustraciones: Carmen Sender, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Heraldo
de Aragón

I.S.B.N.: 84-88305-97-4

Depósito Legal: Z. 1753-99

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



AL BORDE DE UN CENTENARIO	5
LA ESPAÑA QUE VIO NACER A SENDER	10
INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE UN ESCRITOR	15
LA PRIMERA GRAN NOVELA: <i>IMÁN</i>	23
LOS AÑOS REPUBLICANOS: LA FORJA DE UN DESCENTEN TO	27
LAS PRIMERAS NOVELAS: REPORTAJE, PSICOLOGÍA, EXPRESIONISMO	33
LA GUERRA CIVIL	38
EL CICLO DE LAS GRANDES NOVELAS	44
CIVILIZACIÓN Y NATURALEZA: UNA IMAGEN DE AMÉRICA	59
UN SUCEDÁNEO DE LA TRAGEDIA: LA NOVELA HISTÓRICA	65
INCURSIONES EN OTROS GÉNEROS: POESÍA, TEATRO, ENSAYO	71
LOS ÚLTIMOS AÑOS	77
Nota bibliográfica	93

AL BORDE DE UN CENTENARIO



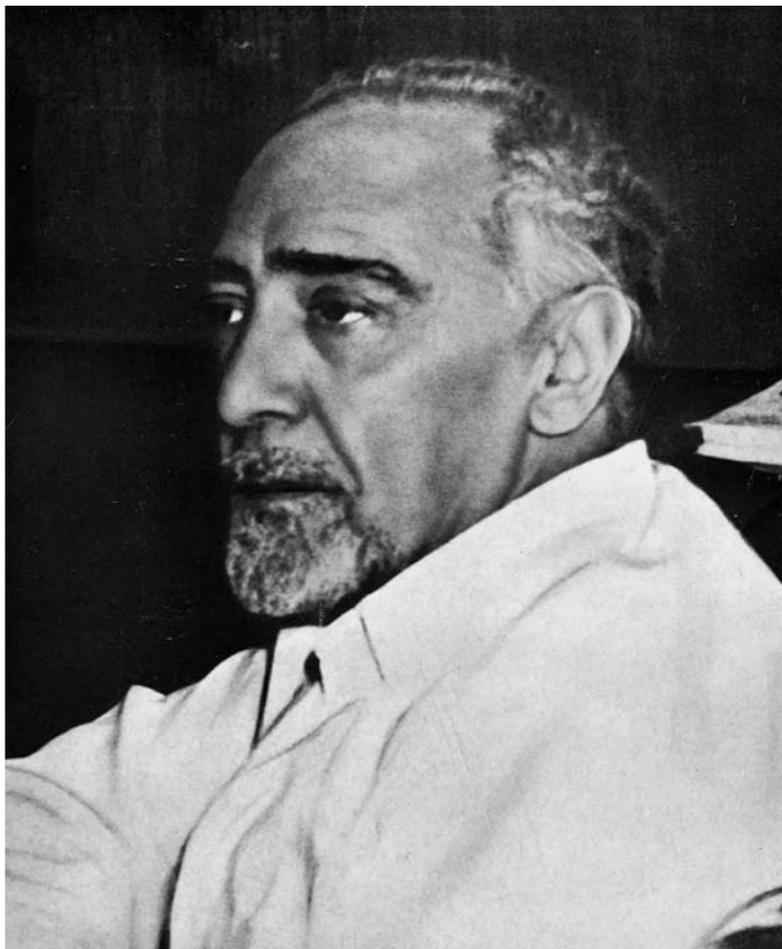
Muy pronto, en el primer año del siglo XXI, nos separarán cien del nacimiento de Ramón José Antonio Blas Sender Garcés, que vio la primera luz el 3 de febrero de 1901 en Chalamera de Cinca (Huesca). Y para entonces hará también veinte años de que sus cenizas se dispersaran en el Océano Pacífico, en cumplimiento de su última disposición, tras haber muerto en San Diego (California) el 16 de enero de 1981, víctima de un infarto agudo de miocardio.

Ninguno de quienes supieron del nacimiento del segundo hijo de José Sender Chavanel, secretario municipal, y Andrea Garcés Laspalas, maestra pero sin ejercicio, pudo pensar que le esperaba un destino tan singular y tan lejano a aquel niño, sano y tan robusto que (según magnifica la tradición familiar) quiso devolver al médico los rituales azotes con que se estimulaba a los recién nacidos.

Pero es que a ninguna otra generación de seres humanos le ha deparado su experiencia histórica tantas conmociones como a los que vieron la luz en el primer decenio del siglo. Tras un periodo de cien años de relativo sosiego y equilibrio internacionales, los hijos de 1900 padecieron en el orden de lo político dos guerras universales de inusitada crueldad, el desarrollo de las dos utopías

totalitarias —comunista y fascista— que aún no han desaparecido del todo, la conversión del nacionalismo en formas de identitarismo sangriento, el apogeo y el final de los grandes imperios coloniales, la publicidad —y, por tanto, la propia designación— de los genocidios; todo ello al lado de prometedores elementos de libertad: la progresiva afirmación del feminismo, la difusión del Estado del bienestar, la expansión de la piedad por los desprotegidos.

En orden al conocimiento del universo, tras una centuria de confianza en la razón y en la técnica, los cambios han sido gigantescos pero inquietantes: en ochenta años se ha revelado la estructura del átomo y se ha logrado su fisión, pero también el psicoanálisis ha quebrantado la aparente coherencia de nuestra intimidad; se ha conocido la finitud del universo y también lo frágil de su índole; la complejidad de la ciencia económica y el desarrollo de la sociología han amenazado el viejo imperio de la historia que, al cabo, ha sobrevivido al amparo de las nuevas ciencias sociales. Y en ese otro modo de conocimiento que es el arte, la mutación vertiginosa de las vanguardias plásticas, la conversión de la novela en el primer género literario de nuestro tiempo, o la domesticación de la imagen fotográfica por medio del cine han hecho del arte un lenguaje universal, presente —por el poder su infinita y asequible reproducibilidad— en todas las dimensiones de nuestra vida: sustituto más accesible de lo que en los siglos XVIII y XIX fue la reflexión filosófica académica. Incluso la efímera



El escritor Ramón J. Sender

aventura espacial, que tanto fascinó a Sender, pareció hacia 1970 el inicio de una nueva era que buscaba el destino de la humanidad más allá de un mundo ya demasiado conocido.

Puede que también los nacidos hacia 1760, que vieron la Revolución Francesa, el desarrollo de la industrialización, el asentamiento del liberalismo y de la paz en Europa, el romanticismo y el inicio del marxismo en las tormentas de 1848, tuvieran una sensación parecida de vértigo histórico, pero fueron muchos menos los seres humanos implicados en los acontecimientos y, sin duda, tuvieron una menor sensación de la universalidad de los mismos. En nuestro tiempo, la conciencia de los hechos y sus interpretaciones, más o menos provisionales pero siempre tajantes, han sido casi simultáneas a su sucesión; y la impresión de aceleración ha sido mucho más grande, debida a los cambios en las comunicaciones. La desazonante simultaneidad del teléfono, el despliegue técnico que comporta la nueva prensa, la creación del espacio hertziano de la primera radiodifusión, la internacionalización del cine y la televisión han proporcionado a los moradores del siglo XX la paradójica sensación de confusión e información, de impotencia y cercanía, que constituye la médula de nuestra época.

Ramón J. Sender —por haber sido periodista, soldado, escritor internacional, viajero obligado o gustoso— mantuvo una aguda conciencia de todos estos cambios. La histo-

ria de nuestro siglo se atravesó muchas veces en su camino y pocos, por no decir ninguno, de los autores españoles del siglo XX mostró tan despierta —y, a veces, ingenua y crédula— curiosidad por los avances científicos y paracientíficos: le interesaron la teoría de la relatividad y el concepto resultante del tiempo, la física atómica y la comunicación con los animales, la fisiología del pensamiento y la conciencia y la antropología de las civilizaciones más antiguas. Y a menudo se apasionó por la sombra esotérica y misteriosa del conocimiento: las religiones místicas (si es que las hay de otra clase...), los grandes símbolos universales o la raíz creadora del arte.

Sender nació el mismo año que André Malraux, Werner Heisenberg, el coronel Lawrence y Walt Disney, y parece como si tuviera algo de todos ellos: la exaltación de la acción, la reflexión sobre la libertad y la necesidad en la física de las cosas, el afán de aventura y la afición por la imaginación risueña. Un año antes que él nacieron Luis Buñuel, Anna Seghers y Antoine de Saint-Exupéry (a quien admiró profundamente). Uno después, Rafael Alberti y John Steinbeck. En 1901 murieron la reina Victoria, Verdi y Clarín, un emblema cabal del siglo que acababa de declinar, y hacía un año —el último de aquella centuria— que Freud había publicado *La interpretación de los sueños* y que Max Planck había dado a conocer la teoría de los *quanta* de energía, dos de las nociones que han vertebrado el siglo XX.

LA ESPAÑA QUE VIO NACER A SENDER



Pero conviene recordar que esa suerte de horóscopo histórico no llegó en toda su intensidad a un pequeño lugar como Chalamera, en un país de veintitrés millones de habitantes, más de la mitad de los cuales eran analfabetos. La circunstancia más cercana de Sender fue la España inmediatamente posterior al Desastre de 1898: un desastre que lo fue en orden a la autoestima del país y, sobre todo, en lo que concernía al escaso prestigio de sus instituciones públicas, pero que no lo fue tanto en lo económico y menos en lo político. En torno a 1898, los síntomas de modernización eran palmarios: se remontaba un ciclo depresivo de la agricultura que se arrastraba desde los años ochenta, crecía exponencialmente la industria, se vertebraba más sólidamente el país (la extensión de la red eléctrica y el tendido de la mayoría de los ferrocarriles de vía métrica son de estos años) y había indicios de una notable acumulación de capitales —agrícolas, mercantiles, profesionales— que iba a generar un sólido sistema bancario, a cuyo apogeo no fue ajena, ni mucho menos, la repatriación de numerario de las antiguas colonias.

El Aragón del joven Sender —la parte meridional de la provincia de Huesca— era tradicionalmente una tierra de

pequeños propietarios muy dependiente de los mercados catalanes. En ella habían nacido significativos movimientos de asociación de labradores. Joaquín Costa desembarcó en la Cámara Agraria del Alto Aragón en 1892 y al año



Casa natal de Sender en Cbalamera, hoy en ruinas

siguiente hizo su primera campaña electoral, de rango municipal, en Graus y luego (en 1896) en Barbastro, para el Congreso. En ambas fue derrotado, pero la semilla que dejó en la zona fue duradera: su desconfianza de la política tradicional, su regeneracionismo de raíz liberal y perfiles populistas, su ambición de obras públicas —carreteras y regadíos— se convirtieron en la ideología de muchos de sus compatriotas, aunque por el camino se quedaran las convicciones progresistas de aquel soñador.

El niño Sender conoció —desde la peculiar perspectiva del hijo de un funcionario público— una realidad campesina que tenía todavía mucho de tradicional pero ya algo de moderna. Y el adolescente Sender tuvo temprana noticia de una España que, después de 1898, sacudía su modorra política. El Desastre no provocó ni un levantamiento republicano, ni una asonada carlista (como temió el gobierno

que, por eso, prefirió ir a la guerra con los Estados Unidos), ni siquiera una modesta crisis política, pero su huella contribuyó decisivamente a conformar los principales ingredientes de movilización de la España contemporánea: la cuestión regional (sobre todo, en Cataluña y el País Vasco) y la configuración del descontento colectivo que tuvo como primeras manifestaciones tres sentimientos—ideas de amplia repercusión (el anticaciquismo, el anticlericalismo y el antimilitarismo).

Sender nació exactamente cuatro días después de que se estrenara en Madrid la *Electra* de Galdós, que constituyó la polémica más sonada de la campaña anticlerical. Y apenas había cumplido un par de meses cuando —entre el 23 y el 30 de marzo de 1901— se presentó y debatió en el Ateneo de Madrid la memoria de Joaquín Costa sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, que fue el punto más alto y significativo de la larga queja contra los caciques (en 1897, el vecino de Huesca Pascual Queral y Formigales había publicado una novela sobre el caso, *La ley del embudo*, que tuvo como prologuista al propio Costa). Y acababa Sender de cumplir los cuatro años de edad cuando unos oficiales de la guarnición de Barcelona asaltaron los locales de la revista satírica *Cu-Cut*, donde se había publicado un chiste alusivo a la todavía cercana derrota de 1898: el resultado fue que un gobierno conservador decretó la llamada Ley de Jurisdicciones, que reservaba a los tribunales milita-

res el enjuiciamiento de delitos de opinión contra la patria y algunas de sus instituciones.

El joven intelectual Sender reflejó aquellas ideologías —elementales y simplistas, pero cargadas de razón y tocadas de simpática utopía— como todos los españoles dignos de su tiempo. Su primer libro fue *El problema religioso en México: católicos y cristianos* (1928), de subtítulo revelador donde los haya, y su primer éxito literario fue una novela —*Imán* (1930)— que denunció el horror de la guerra de Marruecos y la incompetencia de sus mandos militares. En 1937 confeccionó una atractiva interpretación de urgencia de la Guerra Civil —*Contraataque*—, en la que dio su lugar a la influencia del clero, la milicia y la oligarquía como causantes directos de la respuesta popular de julio de 1936. Y, en 1939, su primer relato de exilio —*El lugar del hombre*, luego titulada *El lugar de un hombre*— evocó con dramática verdad la vida caciquil en la España rural.

Pero, a lo largo de sus ochenta años, Sender fue muchos otros Sender. Fue primero un niño campesino que siempre conservó con orgullo ese origen y un notable interés por la vida animal. Luego fue un estudiante no muy aplicado, trasplantado a Zaragoza y que soportaba muy mal la disciplina paterna. Luego, un periodista local con pretensiones de escritor que compartió con otros muchos de su época aquel regionalismo aragonésista que creció entre 1900 y

1936. Después fue un redactor de plantilla de *El Sol*, el primer y más moderno periódico español de su tiempo, y en los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera (que lo encarceló en 1927, como luego se verá), empezó a ser un escritor de izquierdas más que prometedor.

Anarquista primero y comunista después, fue durante el periodo republicano la mejor pluma de las izquierdas revolucionarias y en 1935 ganó el Premio Nacional de Literatura con su novela *Mr. Witt en el Cantón*. Con la guerra, fue efímeramente un improvisado oficial de Estado Mayor. La derrota republicana hizo de él un exiliado político en las dramáticas vísperas de la guerra mundial. Ya en México, se convirtió —y aquéllo era entonces más que una opinión— en un anticomunista activo. En los Estados Unidos de los primeros años cuarenta empezó a ser un cotizado escritor internacional y un profesor universitario de literatura. En los años sesenta, su nombre era para muchos jóvenes demócratas españoles una referencia irremplazable de la España que pudo haber sido. Y en el decenio siguiente, fue un anciano que regresaba a su país, más ocupado por la nostalgia que inquieto por un porvenir que sabía, en todo caso, que no sería ya el suyo.

INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE UN ESCRITOR



«El niño es el padre del hombre». En esa paradoja del poeta William Wordsworth se encierra una profunda verdad que han sabido cuantos escritores posteriores se han asomado al mundo de la infancia. Lo mismo William Blake que André Gide, Rainer Maria Rilke que Unamuno o Juan Ramón Jiménez entendieron que la edad de la inocencia y la felicidad es también el tiempo de un conocimiento secreto y más directo de la vida, de una intuición más certera de la realidad. Ramón J. Sender lo supo también porque, si no fuera así, difícilmente habría escrito los primeros volúmenes de su *Crónica del alba*, apenas cumplidos los cuarenta años, ni, ya al final de sus días, hubiera regresado al mundo de su niñez en la miscelánea de recuerdos e invenciones, de ensayos e imaginaciones, que es *Monte Odina*.

El escritor debió a su infancia el contacto asiduo con la naturaleza, los primeros sueños heroicos y la precoz fascinación por la mujer. Y todo esto dejó honda huella en el resto de su vida: seguiría siendo sustancialmente un campesino en medio urbano, concebiría en el futuro personajes con cierta dimensión de héroes y sería un enamorado pertinaz y no demasiado estable.



José Sender, padre del escritor

No fue la suya una infancia feliz, sin embargo. Con su padre mantuvo siempre una relación tirante, de implícita rivalidad, y fue un estudiante poco trabajador. Hasta los dos años vivió en su natal Chalamera y luego —con motivo del traslado de su padre, secretario municipal— pasó a Alcolea de Cinca, el pueblo de sus progenitores. En 1911 un nuevo destino de José Sender Chavanel le llevó a Tauste, donde se enamoró de Valentina Ventura, hija del notario; esa fue la relación que

Crónica del alba convirtió en unas páginas imborrables y que, muchos años después, en el *Álbum de radiografías secretas*, el autor recordaría al hablar de su amigo William Faulkner: «Una cosa teníamos en común en nuestras vidas Billy y yo. Siendo niño de diez años se enamoró. Yo tam-

bién. Su novia era Stella. Nombre lírico. El de mi novia, Valentina, de cristalina sonoridad».

En 1913 estuvo interno en el colegio de los religiosos de la Sagrada Familia, de Reus. Allí trabajó en una representación escolar de *La vida es sueño* que le dejó profundo recuerdo: la heroicidad y la desdicha de Segismundo, la oscura noción de un destino superior, la imposibilidad de distinguir lo real y lo soñado serán temas recurrentes en su obra. La ingenua representación de la pieza se describe muy bien en *Hipogrifo violento*, segunda parte de *Crónica del alba*, como indica el propio título (primer verso del drama de Calderón); pero, además, en 1958, Sender parafraseó el tema de



La Primera Comunción de Pepe, nombre familiar de Ramón J. Sender

La vida es sueño en una de sus obras más inquietantes y admirables, *Los laureles de Anselmo*.

Entre 1914 y 1918 Sender residió en Zaragoza, donde habitó sucesivamente un piso del Palacio de Montemuzo (en la calle de Santiago), otro en la calle de Prudencio y otro junto a la Audiencia Provincial, en el Coso y al lado de la casa del torero Nicanor Villa. El muchacho concluyó su bachillerato en 1918, en el colegio escolapio de Alcañiz, y ya desde 1916 simultaneaba los estudios con el trabajo de mancebo de botica, a la vez que componía sus primeros escritos. Como tantos otros futuros literatos, tuvo una revista personal y manuscrita —*El Cinquito*, porque se vendía a cinco céntimos— y leyó cuanto pudo: letras de quiosco (era muy amigo del vendedor de periódicos anarquista Ángel Chueca) y libros de más fuste (que le prestaba el carlista Jesús Comín, bibliotecario).

El 8 de agosto de 1916 vio su nombre en letras del molde en *La Crónica de Aragón*, donde publicó "Noche de ánimas", un ingenuo relato en el que el humor vence a lo terrorífico. Y en 1918 se fue a Madrid, donde imprimió alguna cosa en *España Nueva* y en el periódico republicano *El País*, firmando en ambos como Lucas La Salle. Para el primero escribió, entre otras cosas, una admirativa semblanza de Trotski, al que había conocido en Madrid, y para el segundo una prosa rimada dedicada a la revolucionaria alemana Rosa Luxemburgo.

Sabedor de tales andanzas, el padre lo sacó de Madrid y lo reintegró a la familia que a la sazón vivía en Huesca, donde don José era secretario de la Cámara Agraria. El joven Pepe Sender siguió escribiendo, pero ahora en el semanario local —luego diario— *La Tierra*, que dirigía el católico Manuel Banzo Echenique. En 1922 obtuvo un premio por su poema "Gesta del Pirineo", que publicó *Heraldo de Aragón*, y en 1923 la revista barcelonesa *Lecturas* le premió la novela *Una hoguera en la noche*, ambientada en la guerra de Marruecos. Sesenta años después, el escritor volvió a publicarla incluida en sus *Novelas zodiacales*; y es que, en rigor, no hace mala figura todavía ese relato de amor, traición y muerte contado por un teniente que busca la "emoción auténtica" y es prisionero de "su hiperestesia" (su compañero Chacón le pregunta: «¿Tan neurasténico como siempre? —No, chico, un poco más»).

Lo más sorprendente es que Sender no había estado todavía en Marruecos, donde en julio de 1921 se había producido el terrible desastre de Annual. Pero no tardaría en conocer el territorio que había excitado su imaginación: en 1923 hizo allí su servicio militar como suboficial de complemento y se licenció en enero de 1924. Y ese mismo año se publicaron tres importantes libros sobre el protectorado: *Tras el águila del César. Elegía del Tercio*, de Luys Santa Marina, *La pared de tela de araña*, de Tomás Borrás, y *Notas marruecas de un soldado*, de Ernesto Giménez Caballero; textos que, cada cual a su manera (la exaltación

lírca, la novela aventurera, el testimonio personal), tuvieron su parte en el posterior fascismo de sus autores. Sender iría por el camino opuesto, como veremos, aunque todavía en 1925 la revista *Lecturas* publicaba su relato "Ben Yeb, el cobarde" en la línea de su anterior novela de 1923.



Sender en Madrid, 1925

En 1924, Sender —que nunca llegó a concluir sus estudios universitarios de Letras— se trasladó nuevamente a Madrid, donde ingresó en la redacción de *El Sol*, el periódico más influyente de España y de tono más marcadamente intelectual (no publicaba crítica de toros ni reproducía la lista oficial de la Lotería). Bajo la dirección de Félix Lorenzo, "Heliófilo", trabajó como redactor de plantilla y suyas son, sin duda, las "Notas de la Redacción" de temática aragonesa, en las que habla de la urgencia de preservar la casa grausina de Joaquín Costa, de la presencia en Madrid de vendedoras ansotanas de té silvestre que visten el traje típico («oferentes de alabastro ibérico bien pulido y policromado»), del pintor oscense Félix Lafuente, de la muerte del escritor Luis López Allué, de la preservación del Monasterio de Sigüenza o del Centenario de Goya que, por las mismas fechas, movía también la pluma de otro artista oscense, Ramón Acín.

El repertorio corresponde a las inquietudes regionalistas del momento que cuajaban desde 1917 en modestos empeños políticos y en la fundación de interesantes instituciones privadas como el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón: aquella mezcla de regeneracionismo crítico y de cultura local no conocía un componente político definido, aunque sí un protagonismo social muy claro. Era el producto de la alianza de una burguesía industrial y mercantil de cierto empuje y unas clases medias profesionales que, desde principios de siglo, tenían algún arraigo.

Todo derivaría, al cabo, hacia un regionalismo muy conservador pero, en tanto, Sender —como Ramón Acín— columbraban también otros horizontes. En la primavera de 1927, el joven periodista se vio implicado en la rebeldía del entonces Cuerpo de Artillería contra la Dictadura de Primo de Rivera y sufrió varios meses de cárcel.

A la salida de prisión publicó su primer libro, *El problema religioso en México: católicos y cristianos* (1928), que



Sender en la catedral de Huesca, junto a su hermana Concha, 1928

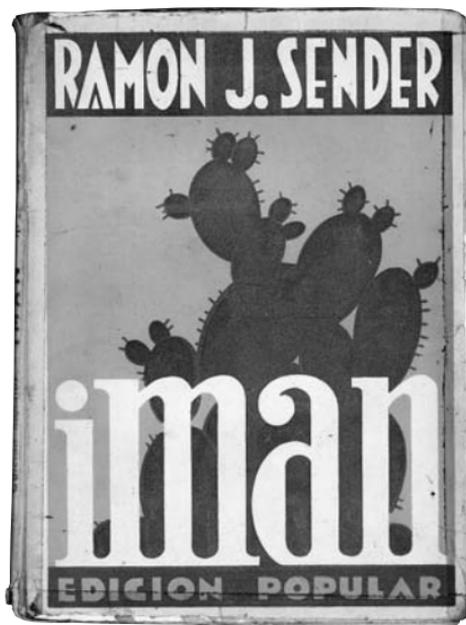
imprimió Cénit, una editorial de izquierda radical, y que prologó Ramón del Valle-Inclán (lo que en rigor es una inocente pero significativa superchería: Valle firmó el breve prefacio que había escrito Juan Andrade, el editor). Y en 1929 inició contactos con la libertaria Confederación Nacional del Trabajo (CNT), lo que le llevó a abandonar *El Sol* para incorporarse a *Solidaridad Obrera*, diario anarquista de Barcelona donde emprendió una sección de "Postales políticas", y a *La Libertad*, periódico madrileño de talante progresista al que sería fiel durante bastantes años.

LA PRIMERA GRAN NOVELA: *IMÁN*



Desde 1927 andaba escribiendo la que iba a ser su primera novela y un resonante éxito de público: *Imán* (su segunda edición, impresa por la casa barcelonesa Balagué en 1933, alcanzó una tirada de 30.000 ejemplares).

En la nota preliminar, que firma con sus iniciales, Sender dice que «el libro no tiene intenciones estéticas ni prejuicios literarios. Sencillo y veraz, trata de contar la tragedia de Marruecos como pudo verla un soldado cualquiera de los que conmigo compartieron la campaña. A ellos dedico estas notas, escritas también entonces con la voz del paisaje africano en los oídos». Todo es muy cierto, salvo la primera afirmación. *Imán* es una novela de guerra que



Portada de *Imán*, en la edición de 1933

sobrecoge al lector con su desfile de muerte y horror pero es, a la vez, una novela de paisaje: una suerte de torbellino que fragmenta colores, espantos, olores, sensaciones... La sed, el calor, la luz, el hedor del ambiente, el ruido son tan protagonistas como Viance, el soldado aragonés, llamado "Imán" por sus compañeros de la herrería en que trabajó, ya que parecía atraer todas las desgracias.

Su historia —la de su pasado y la de cómo pudo ponerse a salvo de la catástrofe de Annual— nos la relata un testigo que podría identificarse con el autor: un oficial que ha sido periodista y que siente una curiosidad y una simpatía instintivas por el desdichado. A través de él oímos la voz de las víctimas de una absurda guerra colonial:

«—¡Dios, Dios! ¿Qué habremos hecho pa que nos metan en este tiberio? En España nadie sabe lo que aquí pasa. De vez en cuando dicen los periódicos: "Nuestros soldados mueren en África", pa molestar al gobierno; pero el pueblo y los ministros ya se han acostumbrao. ¿Bueno, y qué? Aquello está lejos y en todo caso es la defensa de la Patria. Oye, tú, muchacho: ¿Sabes qué es la Patria?

El de al lado lo mira desde el hondo de las órbitas cárdenas y se encoge de hombros. Insiste Viance, obsesionado. El otro habla, por fin:

—El sargento nos lo dijo de quintos, pero ya no me acuerdo».

No todo, sin embargo, es la urgente denuncia de un horror que se acumula constantemente ante nuestros ojos: la mezquindad de los mandos, la insolidaridad de los soldados, la crueldad de los rifeños. Conviene observar que sobre todos se abate una suerte de némesis atroz, una muerte que los destruye con desconcertante imparcialidad. El horror alcanza una dimensión metafísica casi, y da paso a un poderoso ingrediente de compensación simbólica. La guerra se opone al estado de inocencia que se plasma en la naturaleza.

En una de las escenas más celebradas del libro, Viance halla refugio en las entrañas de un caballo desventrado por una explosión y advertimos cómo su repugnancia inicial va dando paso a una consustanciación con su habitáculo: recinto uterino, a la postre. Y piensa que «su propia materia no es distinta de la que le rodea, que sólo hay un tipo de materia y que todo está animado por los mismos impulsos ciegos sometidos a la misma ley. Una vaga ternura le sobrecoge, una nostalgia de hacer lo que está bien para encontrarlo todo bueno y amable». Lo mismo sucede cuando, tras una noche de caminata, Viance llega a Monte Arruit y ve una cogujada (pájaro parecido a la alondra) que «brinca entre los mulos, las cajas vacías, los muertos, de una sección de ametralladoras».

Vale la pena copiar por extenso un párrafo que muestra la plasticidad descriptiva del autor (con los fulgurantes

tránsitos desde la metáfora sensorial a la reflexión moral) y, además, la función de la continuidad de la vida frente al horror de la muerte inventada por los humanos:

«Viance se quedó atrozmente sorprendido. No había visto un pájaro desde su salida de R. Siente una compasión inexplicable por este pájaro color de tierra que vuela en cortas ondas, piando. Esta tierra es como la de los demás países —piensa—, como la tierra de España. No sólo se siembran balas y se cosechan muertos. Hay cogujadas como allá y podría haber plantíos y árboles. El amanecer dilata las perspectivas y Viance se siente dentro de un inmenso fanal de vidrio que va ensanchándose. Huele a cera quemada, a grasa, y de vez en cuando vuelve el olor denso a cloaca. La luz grita a su alrededor llamando al peligro y a la muerte».

Con Viance, Sender inventó su primer héroe perplejo, víctima de una suerte de saña cósmica pero privilegiado propietario de una aguda conciencia de su lugar, de su relación con el mundo. La mezcolanza inextricable de horror y piedad, de tragedia y aceptación, de inocencia y culpabilidad, serán ingredientes básicos en los futuros libros del autor.

LOS AÑOS REPUBLICANOS: LA FORJA DE UN DESCONTENTO



En los años que siguieron, Sender se convirtió en el más importante y activo de los escritores de la izquierda radical española. Fue la suya una conversión más de las muchas que se produjeron como consecuencia de la postguerra europea y a la vista del derrumbe económico de 1929, que no parecía señalar otro camino que el de la revolución. Y en ese marco, pasó del anarquismo al comunismo, como tantos otros, por afán de disciplinar su radicalismo, por una oscura demanda de orden en el caos de su alma y del mundo. Y razones opuestas le llevaron a abandonar aquella ideología en 1938, como hicieron también

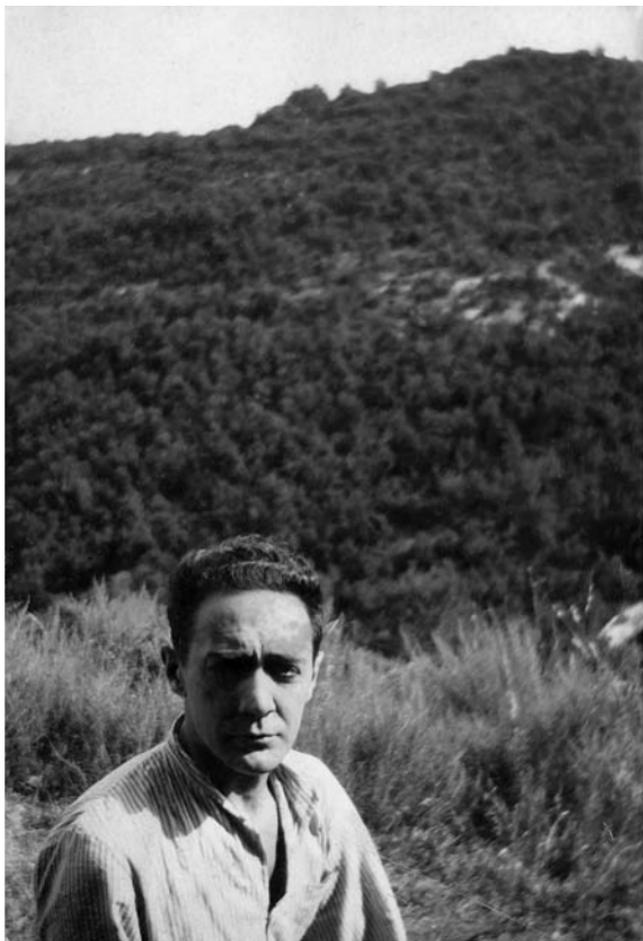


Sender en Madrid, 1931

muchos otros. En su importante artículo "La cultura y los hechos económicos", publicado en la revista valenciana *Orto* (1932), explicaba así su decisión:

«Nadie duda que desde la guerra europea la cultura occidental está en crisis. Cultura preparada e impuesta por la burguesía para sí misma, a la medida de sus intereses, claro está que había de flaquear en cuanto las bases teóricas que sustentaran a la clase burguesa desaparecieran [...]. Hasta hace pocos años hacerse una personalidad intelectual a base de cultura universitaria, con eco propicio en revistas y periódicos, era una aspiración noble [...]. Representaban estas aspiraciones algunos profesores de la Institución Libre de Enseñanza, del centro de Estudios Históricos, de las Universidades de Madrid, Salamanca, Sevilla, Barcelona, Ortega y Gasset, Marañón, Jiménez Asúa, Américo Castro... Universitarios que habían desplazado a los autodidactas de la generación posterior al 98 y que merecían aplauso y respeto por la tendencia a la sistematización y al método, a la racionalización literaria. Hoy nadie quiere ser un Marañón, un Jiménez Asúa, un Américo Castro y mucho menos un Ortega y Gasset porque saben que no es una finalidad concreta en el porvenir que ya apunta. La inteligencia pura es un término burgués con el que se encubre el servilismo de las inteligencias a una régimen caduco y unos intereses languidecientes».

Los libros de los años siguientes se afanaron en esta dirección: la inmolación de la inteligencia a la intuición revolucionaria y el predominio de lo inmediato urgente



Sender en la Sierra de Guara, años 30

sobre lo más permanente. Algunos son espléndidas colecciones de crónicas de actualidad: es el caso de los que escribió a su regreso de Moscú, un viaje lustral que hicieron muchos de los autores internacionales del momento —*Madrid–Moscú (Narraciones de viaje)* y *Carta de Moscú sobre el amor (A una muchacha española)*, ambos de 1934— o de los otros dos que publicó en su condición de reportero en los dramáticos sucesos de Casas Viejas, donde la Guardia de Asalto mató a un grupo de campesinos anarquistas insurrectos —*Casas Viejas (Episodio de la lucha de clases)*, de 1933, y *Viaje a la aldea del crimen*, de 1934—. Otros son colecciones misceláneas de ensayos varios como *Teatro de masas*, de 1932, y *Proclamación de la sonrisa*, de 1934, que quizá encierra las mejores páginas de esta época y, sobre todo, algunos toques de una intimidad que siempre está presente en el autor, más allá de su compromiso político y social.

El narrador de esa *Proclamación* (que leyeron con entusiasmo hasta sus enemigos: el fascista Rafael García Serrano remedó el título en su *Eugenio o proclamación de la primavera*) es un *dandy*, un *dandy* de postguerra «que teme perderlo todo y que en la inminencia del desastre lo saborea todo, un poco artificialmente» y que es «un arma excelente, pero sin blanco». Pero esa proyección funambulésca de un Sender, que no deja de ser un burgués cultivado, lo mismo nos habla de Kerensky que de Goethe, de Hitler que de Crommelinck, de las peladas planicies marro-

**Una carta de Ramón J. Sender
a la Unión Internacional de Escritores Revolucionarios
(en Octubre, 4-5, 1933)**

«[...] Habéis vivido y vivís en el proceso de la Revolución, en el proceso de la construcción socialista. Durante quince años de lucha y edificación, os habéis planteado mil problemas que habéis resuelto según vuestra conciencia. Poco tiempo antes de mi viaje a la Unión Soviética, estuve en Andalucía donde visité Casas Viejas, esa aldea donde la República socialdemócrata de España defendía tres señores feudales y asesinaba 26 campesinos que habían cometido el crimen de querer conquistar la tierra para trabajarla. Conozco bien el hambre de los campesinos españoles y la miseria donde se hunde la vida de los obreros de la ciudad española. He luchado con ellos y con ellos he sufrido persecuciones; por ellos estuve en la cárcel. Aquí, entre vosotros, he visto en las calles de Moscú, en las fábricas, en las bibliotecas, en los cuarteles y koljós, obreros como los que conozco de Barcelona, Bilbao, Madrid y Sevilla, que van con paso firme a la victoria decisiva. Ahora, después de mi estancia en la Unión Soviética, vuelvo con la mayor fe en el triunfo completo y definitivo. Y no sólo definitivo, sino inquebrantable. Después de todo lo que aquí he visto, no hay razón para que un intelectual esté indeciso. En la trinchera hay un uniforme y un fusil más... Al llegar aquí era un intelectual. Hoy es un soldado del frente de lucha y de la edificación socialista el que os deja. Saludos revolucionarios.»

quies que de una tormenta en la oscense Sierra de Guara (simbólico y precioso capítulo que cierra el libro). Y es quien afirma que «el realismo y el misticismo juntos —naturalmente exentos de superstición— son en España los dos elementos que unidos y fusionados han de expresar el nuevo pensamiento y han de trazar la organización de la nueva sociedad [...]. Por la parte que a mí me toca como autor, debo confesar que no veo la manera de eludir esa tendencia que es un compromiso biológico, un deber contraído con la naturaleza».

LAS PRIMERAS NOVELAS: REPORTAJE, PSICOLOGÍA, EXPRESIONISMO



Retengamos esa última frase que quizá explica mucho de algunas de las novelas de este momento. Por lo menos, resulta inevitable asociarla a la redacción de *El verbo se hizo sexo* (*Teresa de Jesús*), de 1932, que es una biografía de la madre, escrita con refinada sensibilidad y nada vulgar en punto a su documentación y a la que el equívoco título hace flaco favor; en el prólogo el autor nos explica que, siendo niño, oyó hablar en el colegio de los dos centenarios de Constantino y Teresa: «El arzobispo nos habló en una fiesta de ambas cosas en términos altisonantes y vulgares, barajando esos dos nombres tan dispares [...]. El odio de Constantino era vulgar, guerrero y torpe. Teresa no conoció el odio en su vida. Fue toda amor y, además, amor crudo, natural, carnal, sin melindres teológicos [...]. Nunca un sexo fue más puro. Nunca como en ella se vio patente y firme la divinidad del sexo, la categoría espiritual y egregia del sexo».

Del mismo año 1932 fue *Siete domingos rojos*, reflejo de la vida anarquista bajo la República y, en cierto modo, ajuste personal de cuentas con los años libertarios de su

7

Domingos Rojos

de RAMON J. SENDER

Sobre el fondo agitado de siete días de huelga general revolucionaria, destacan con perfiles alucinantes los grandes problemas morales de revolución. La nueva conciencia palpita en las reacciones violentas de las masas y de los individuos. Con una técnica antiintelectual y antiliteraria, el autor opone a las «verdades» espirituales burguesas las realidades humanas de un tiempo de transición

Un volumen 8.º de 480 páginas, pesetas 8'50. en todas las librerías y kioscos. Paqueteros y grupos 20% de descuento

Pedidos: MONTANER, 42. Bñs.

Es la gran novela de la pre-revolución española

*Anuncio editorial
en la contraportada
de Imán, 1933*

autor: «Los seres demasiado ricos de humanidad —dice su nota prologal— sueñan con la libertad, el bien y la justicia, dándoles un alcance sentimental e individualista. Con este bagaje un individuo puede aspirar al respeto

y a la lealtad de sus parientes y amigos, pero siempre que se quiera encarar con lo social y general se aniquilará en una rebeldía heroica y estéril».

Y ése es el destino de los amigos de Lucas Samar —un protagonista que traduce no poco de las desazones del mismo Sender—, como lo fue también de los presos del relato *O.P. (Orden público)*, publicado en 1931. En uno y otro no faltan elementos visionarios y alegóricos que quizá tengan algo del "misticismo" intuitivo que Sender quería aliar al realismo. En cualquier caso, esos ingredientes —que dominan poderosamente en *La noche de las cien cabezas (novela del tiempo en delirio)*, de 1934— remiten directamente al expresionismo europeo, cuyos representantes alemanes —Alfred Döblin, Ernst Töller— fueron traducidos al español en las mismas fechas y editoriales en las que Sender publicaba sus libros.

Algo de esa técnica hay también en el relato breve *Historia de un día de la vida española* (que constituye el número 5–6 de la revista *Tensor*, octubre de 1935, dirigida por Sender). El texto aparece firmado por un equipo de "escritores revolucionarios", pero hay más que fundadas sospechas de que nuestro autor fue el único responsable de este atractivo friso que narra los inicios de la revolución en Madrid a lo largo de un día, el viernes 27 de septiembre de 1935: la técnica de *collage* de fragmentos (que incluye recortes de periódicos, conversaciones callejeras, alteracio-

nes tipográficas expresivas como las que usa la prensa en sus noticias, etc.) recuerda la del "ojo de cámara" inventada por John Dos Passos para su trilogía *U.S.A.* o la de la "cámara-ojo" del cineasta ruso Dziga Vertov.

La dramática tensión de ese texto contrasta con la nota melancólica y más sosegada de la última novela de Sender antes de la guerra, *Mr. Witt en el Cantón*, de 1936, que se alzó con el Premio Nacional de Literatura en un año en que el certamen se consagró a recordar el centenario del romanticismo español (formaron parte del jurado Pío Baroja, Ángel González Palencia, Antonio Machado, José Montero Alonso y Pedro de Répide).

Como en *El verbo se hizo sexo*, Sender vuelve a la novela histórica pero, en este caso, de corta distancia temporal: se nos cuenta una historia de amor, traición y celos ambientada en la insurrecta Cartagena republicana de 1874 y que enreda en su vorágine los destinos de un inglés más caviloso e indeciso que flemático —Mr. Witt—, su joven y apasionada esposa —Milagritos— y un lejano amor adolescente —el primo Froilán Carvajal—, en cuyo fusilamiento cabe alguna culpa al primero.

Con habilidad consumada, Sender bordea cualquier pronunciamiento sobre la revolución y crea magistralmente un ambiente cerrado, casi sofocante, en el que el drama colectivo se transforma en drama personal: ambas cosas

—la atracción por los ámbitos reducidos y la incardinación de los conflictos individuales y generales— serán otra constante senderiana que reconoceremos en relatos muy posteriores.

CONCURSO NACIONAL DE LITERATURA

Fallo del Jurado calificador

El Jurado calificador del concurso nacional de Literatura, formado por D. Antonio Machado, presidente; D. Pío Baroja, D. Pedro de Répide, D. José Montero Alonso y D. Angel González Palencia, ha propuesto para el premio del tema primero, «Las características del romanticismo español, sus periodos, bibliografía con notas biográficas», al trabajo presentado por D. Guillermo Díaz Plaja, al que se conceden 6.000 pesetas.

El segundo premio, de 2.500 pesetas, se adjudica, con carácter de accésit, a D. Ceferino Palencia y Tubau, y otro accésit de 2.000 pesetas a D. José García Mercadal y D. José Ignacio de Alberti.

El premio de novela—5.000 pesetas—, sobre narración acerca de un episodio de la segunda mitad del siglo XIX, se otorga a D. Ramón J. Sender. La obra lleva por título «Mr. Witt en el cantón».

*

Celebramos especialmente el



Ramón J. Sender

triumfo de Ramón J. Sender, con cuya valiosa colaboración se honran las columnas de LA LIBERTAD.

«Mr. Witt en el cantón» es una novela psicológica que tiene por fondo la sublevación de los federales de 1873 y el cantón de Cartagena.

Sender obtiene el Premio Nacional de Literatura, 2 de enero de 1936

LA GUERRA CIVIL



En 1936, cuando estalló la Guerra Civil, Sender era una figura literaria de indiscutible alcance. Se había casado con Amparo Barayón, empleada de la Telefónica, tenía dos hijos (Ramón, nacido en 1934, y Andrea, en 1936) y vivía en un cómodo piso en la madrileña calle del Doctor Esquerdo, tan cerca del Retiro que podía oír los ruidos que provenían de la Casa de Fieras. Como a tantos españoles de clase media, la sublevación militar le sorprendió en los inicios del veraneo. Estaba en un chalet de San Rafael, en la Sierra de Guadarrama, y logró ganar las líneas republicanas, mientras que Amparo y sus dos hijos se acogían a la casa familiar de la joven, en Zamora.

Sender se alistó en el ejército leal, donde obtuvo el grado de capitán, y fue pronto asimilado al Estado Mayor. Participó en las operaciones de defensa de Madrid y allí conoció las trágicas nuevas de la suerte de la familia: Amparo había sido fusilada en Zamora (sin duda, por su matrimonio con un notorio escritor "rojo") y su joven hermano Manuel, alcalde de Huesca con el Frente Popular, había sufrido la misma suerte.

Muchos años después, Sender escribiría que su hermano fue «el hombre más puro y más digno que había conocido en mi vida».

Del otro grave problema de su vida relacionado con la Guerra Civil —su ruptura con el ejército republicano—, podemos hacer ya conjeturas razonables. Sender rompió con los mandos comunistas de la Primera Brigada Mixta en la que servía, pero, pese a lo que sustentó su jefe Enrique Lister, es difícil creer que fuera un traidor y que abandonara su puesto. Si así ocurrió, no es fácil que la República lo hubiera delegado para viajar a los Estados Unidos en misión de propaganda en 1938, junto con José Bergamín, Carmen Meana y Ogier Petreceille. Ese mismo año publicó también *Contraataque*, briosa novela–reportaje de los primeros días de la contienda y que es, a la vez, un atractivo catón de la interpretación comunista de la contienda civil. Nada sugiere represalias políticas.

En 1937 se le había autorizado a desplazarse a Francia para recuperar a sus hijos a través de la Cruz Roja (en ese viaje conoció a Elixabete Altube, una vascofrancesa con la que se casó en Barcelona y tuvo un nuevo hijo). Y, sin ningún problema, pudo residir después unos intensos meses en París, donde trató a Jean Cassou, Jules Romains y César Vallejo, reencontró a Pío Baroja y trabó amistad con Picasso. Baroja, como Valle–Inclán, fueron sus referentes literarios hispánicos más palmarios; Picasso, vitalista, desparado de obra y a la vez casi un monje de la creación, fue un importante modelo vital. De él tomó un lema que repetía mucho («Yo no busco, encuentro») y una paradoja («Yo también pinto falsos Picassos») que se le puede aplicar en

RAMÓN J. SENDER

CRONACA DELL'ALBA



EINAUDI

*El retrato de Sender por Picasso, en la edición italiana
de la Crónica del Alba*

cierta medida. Tuvo siempre devoción por el retrato que le pintó (y que lo representa como un adolescente) y cuando supo que no lo heredaba, lo copió al óleo, falsificó la firma del pintor y lo colgó en su despacho, según cuenta su hijo Ramón.

En marzo de 1939 abandonó España —a la que sólo volvería treinta y cinco años después— a bordo del *Manhattan* y con destino a Estados Unidos, desde donde se dirigió a México, su primera residencia americana. Se tiene la impresión de que los acontecimientos desbordaban al escritor: abandonó su país, se enfrentó con su partido político y sobre su mundo familiar —Europa— se abatía una catástrofe imparable.

Sender se convirtió en un superviviente, una suerte de Robinson entre culpable y angustiado que quería romper amarras con todo. Y una de esas rupturas, incomprensible y misteriosa a la vez, fue la que le llevó a entregar sus hijos a la tutela de una norteamericana, Julie Davis West. En carta a Joaquín Maurín (19 de enero de 1955), lo explicaba así: «Julia no puede tener hijos y tiene los míos como si fueran suyos. Yo me resigné hace años por diversas consideraciones (la más importante es demasiado romántica para decírla y no la he dicho a nadie aunque la tengo escrita en un largo documento donde cuento muchas cosas y encerrada en una caja de un banco en Wall Street cuya llave —única— arrojé en 1940 al río Hudson)». Al margen de



esa razón secreta, ¿creía Sender sinceramente —como dijo varias veces— que sus antiguos camaradas rusos querían acabar con él y con su familia? ¡Todavía en 1967 pensaba —y así se lo escribía a su confidente Maurín— que la inofensiva investigadora japonesa Minako Nonoyama, autora de un buen libro sobre el anarquismo en Sender, era una peligrosa enviada del espionaje soviético!

Lo que más sorprende, sin embargo, es que en aquel tiempo tan turbulento Sender logró escribir una de sus mejores novelas, *El lugar del hombre* (ése era el título de la edición mexicana de 1939 que, en ediciones posteriores, el autor trascendentalizó como *El lugar de un hombre*, suprimiendo de paso algunos de los tonos más radicales del relato).

El argumento estaba inspirado en un resonante error judicial —el llamado "crimen de Cuenca"— que conoció como periodista: unos vecinos fueron acusados del homicidio de un hombre desaparecido y, torturados salvajemente, acabaron por reconocer su culpabilidad ante la justicia; al

cabo, el presunto asesinado reapareció y confesó que «le había dado un barrunto» y había abandonado el pueblo.

Ese "barrunto" sobrevive —como un fetiche lingüístico— en el personaje de Sabino, el paria de un pueblecito altoaragonés (que recuerda mucho los orígenes de Viance, el héroe de *Imán*), de cuya muerte se acusará a Juan y Vicente. Pero la espesa trama judicial que encierra a ambos y la participación de los intereses caciquiles en la misma, vivazmente descrita por Sender, importa mucho menos que la reflexión sobre el "lugar" irremplazable de aquel vecino que, convertido casi en un animal, es hallado por unos cazadores al comienzo del relato (Sender quizá recordaba el hallazgo del náufrago Ayrton por los colonizadores de *La isla misteriosa* de Jules Verne): todo un mundo de postergación, de miedo y de sufrimiento asoma en el desaparecido. Vivir es poseer, tener un lugar. Pero si la restitución de Sabino a su mundo le confiere alguna dignidad, lo es en la medida en que dos desdichados la han perdido: han perdido también su "lugar".

En *El lugar de un hombre* asoman muchos recuerdos de la infancia de Sender en Alcolea (de hecho, el narrador es un adolescente que acompaña a su padre en la cacería que recupera al desaparecido Sabino) y se anticipan las líneas maestras del peculiar existencialismo senderiano. Es, a la vez, su última novela social de preguerra y la primera de sus grandes creaciones del exilio.

EL CICLO DE LAS GRANDES NOVELAS



Sender estuvo poco tiempo en México, que fue el paradero más común de los muchos exiliados españoles. En 1942, gracias a las gestiones de Eleanor Roosevelt, esposa del presidente de Estados Unidos, logró un visado para aquel país. En México había reanudado con brío sus actividades literarias y fundado la editorial Quetzal, que imprimió hasta cinco libros suyos: *El lugar del hombre*, *Proverbio de la muerte*, *Mexicayotl*, *Hernán Cortés* y *Epitalamio del prieto Trinidad*. En Estados Unidos—donde contrajo pronto su tercer matrimonio, con Florence Hall—trabajó para la Metro como adaptador de doblajes cinematográficos (por recomendación de Luis Buñuel) y desde 1947 profesó en la Universidad de Nuevo México, en Albuquerque. Al año siguiente inició una fértil colaboración periodística con la ALA (*American Literary Agency*), fundada por el ex-trotskyista aragonés Joaquín Maurín, que durante casi treinta años hizo de su nombre una referencia obligada en los periódicos más importantes de la América de habla española.

Además, vio sus novelas traducidas y publicadas por las más importantes editoriales de su país de adopción, aunque ya desde 1932 tenía títulos en catálogos de lengua

inglesa, como los de la londinense Faber and Faber, la bostoniana Houghton Mifflin e incluso el popular de los Penguin Books. Cuentos y relatos suyos aparecieron en las más importantes revistas de la izquierda liberal norteamericana —anterior, claro está, a la persecución maccarthista— como fueron *Partisan Review* y *Kenyon Review*. Reseñado con elogio por famosos críticos norteamericanos, Sender era, sin duda, uno de los escritores más internacionales de una generación muy poblada de nombres ilustres.

Los veinte años que siguieron a su cambio de residencia fueron tranquilos y laboriosos y en ellos Sender escribió la mayoría de sus obras maestras: una gavilla de novelas que ocupan un lugar excepcional en la historia de la literatura española y una destacada plaza en la narrativa universal de postguerra. La fórmula senderiana de relatar viene, en buena medida, de su periodo anterior: una base sustancialmente realista en la que no faltan elementos de experiencia personal y aun autobiográfica, emplazados a menudo en la utilización de un narrador-testigo, pero hay también una fuerte deriva hacia la reflexión filosófica existencial y una acusada tendencia a insertar elementos fantásticos y alegóricos que configuran una escenografía de acusado carácter expresionista, lo que, con frecuencia, explora los caminos intermedios entre lo narrativo y lo teatral.

El primero de esos grandes relatos es una memoria de la infancia, *Crónica del alba* (1942), que encabezó una serie

de nueve volúmenes que continuaron esos recuerdos: *Hipogrifo violento* (1954), *La Quinta Julieta* (1957), *El mancebo y los héroes* (1958), *La onza de oro* y *Los niveles del existir* (ambos de 1963) y *Los términos del presagio*, *La orilla donde los locos sonrían* y *La vida comienza ahora* (1967). Las novelas de 1963 y 1967 corresponden al Sender alegorizante, repetitivo y un tanto desafortunado a veces de sus últimas obras. Pero las cuatro primeras entregas son una evocación de la vida infantil y adolescente como muy pocas veces se ha escrito en lengua española: tal es la nitidez de la prosa, el encanto de los personajes y las anécdotas, la sutil mezcla de fantasía, orgullo e inocencia que asiste al protagonista que se cree investido de una suerte de halo luminoso y al que su novia Valentina proclama «Señor de Amor, del Saber y de las Dominaciones».

Pero, más allá de su inmarcesible encanto, conviene recordar que el libro entero es una suerte de exorcismo: el autor finge que se lo ha entregado poco antes de morir José Garcés, un oficial republicano español, preso como él en el campo de concentración de Argelès. La identidad del nombre del presunto autor con el nombre familiar y el segundo apellido de nuestro autor es patente, así como su condición de militar durante la Guerra Civil. ¿No nos indica tal artificio que Sender considera muerta ya una parte de sí mismo, «aquella media jornada de sus treinta y cinco años», y que la rescata como una suerte de ofrenda por la imposible paz de su espíritu? ¿No hallamos en la melancolía de

estas páginas juveniles la voluntad de elaborar un "lugar" ideal —más poético y más digno— que le redima de un presente aciago? ¿Y no aparece en los últimos tomos la reiterada obsesión de un intercambio de papeles —el verdadero héroe es el que murió en Argelès, no el narrador—, máxime cuando en la acción Garcés se encuentra con multitud de Ramones, uno de los cuales incluso se apellida Sender?

La esfera —novela de 1947 que reelabora el relato *Proverbio de la muerte* (1939) y que todavía fue ampliada en la edición de 1968— parece desarrollar la peripecia de quien sobrevivió al infierno de Pepe Garcés: Federico Saila (¿Saila no es "alias" leído al revés?) es un excombatiente desmovilizado de «silueta mal trazada y ojos de esparver, o de perro, de caballo o de tigre, pero rara vez humanos» que «quería comenzar a entenderse a sí mismo pero no hacía nada por buscar la verdad. En realidad, la verdad es la que nos busca a nosotros —se decía—. Espe-



Problem 001, óleo de Ramón J. Sender, 1947, cedido al I.E.A. por su hermana Asunción (Foto: F. Alvira)

remos». Y ese encuentro consigo mismo se produce en el viaje marítimo que le lleva a América.

La metáfora del barco —*navis stultifera* o "nave de los locos"— como paradigma de la vida humana es vieja como la literatura y fue muy frecuente, por cierto, en las letras de la postguerra mundial. Sender la usó aquí para concentrar los acontecimientos que han de enfrentar al protagonista con su culpa: una culpabilidad que viene de la guerra y que reactiva el homicidio de un antiguo enemigo a bordo del buque, crimen por el que es juzgado en una fantasmagoría que solamente concluye con el naufragio final.

Los elementos simbólicos se acumulan en este relato donde el fogonero del barco, el Jebuseo, profetiza a su vez la llegada de un navío blanco de tres palos y en el que todos los pasajeros son como prisioneros de un pasado que quisieron dejar atrás en Europa. Saila, sin embargo, empieza a entender... Y su descubrimiento es que «hombre y persona son antípodas. El hombre es el hecho, el hecho puro. La persona es la reflexión, la vuelta del hecho sobre sí mismo [...]. La persona todo lo ignora pero todo lo quiere experimentar y en la experiencia obtiene su repertorio de fórmulas. El hombre todo lo sabe, posee una conciencia no experimental de las cosas». Se trata del retorno a una antropología elemental y salvadora cuyo centro de actividad son los ganglios y no el cerebro, que —en las palabras en cursiva que encabezan el capítulo VIII— Sen-

der define así: «El hombre sólo siente la vida y se siente a sí mismo —podría decirse injustamente porque los ganglios son incapaces de "reflexión"— de una manera afirmativa».

También a su manera, *El rey y la reina* (1949) fue otra parábola sobre la radicalidad humana. Es la primera novela de Sender que aborda directamente la Guerra Civil y lo hace para presentarnos la compleja relación de un criado —Rómulo— y su dueña —la Duquesa— a los que el azar ha dejado solos en un suntuoso palacio de Madrid, que es ocupado por un grupo de milicianos durante los dramáticos días del cerco de la ciudad. De nuevo, invaden el relato el espacio doblemente cerrado, la sistemática ocultación (pues el servidor ha de esconder a su señora), la difusa conciencia de culpabilidad y, sobre todo, como en *La esferra*, la urgente necesidad de recuperar la condición primigenia de los seres, de Hombre y de Mujer, de Rey y de Reina, lo que suscita entre los protagonistas una relación en la que se mezclan el desprecio y la dependencia, el odio y la necesidad, la crueldad y la ternura, pero que acabará con la muerte de la mujer. Buena parte del planteamiento recuerda a *El amante de Lady Chatterley*, de D. H. Lawrence: en ambas subyace la misma apelación a lo natural como fundamento de un mundo nuevo. Pero los intereses de Sender van por otro lado que los del autor inglés: el final del relato supone el reconocimiento de la dignidad de Rómulo al lado de lo inevitable de su culpa, porque, por amor de su dueña, ha asesinado al jefe de los milicianos.

Aparentemente, *El verdugo afable* (1952) podría pasar por una broma bienhumorada acerca de un personaje que, harto de provocar involuntariamente las desgracias ajenas, asume la condición de verdugo para matar con todas las bendiciones de la sociedad. El lector de Sender reconocerá, por añadidura, que esta novela incluye elementos procedentes de otras del autor además de algunos rasgos autobiográficos que vienen de *Crónica del alba*, mientras que parte sustancial de la configuración del protagonista, Ramiro Vallemediano, reutiliza aspectos folclóricos o semifolclóricos leídos en la *Vida de Pedro Saputo* (1844) de Braulio Foz, un libro que nuestro autor estimaba como más estrafalario que genial. Del *Saputo* toma, por ejemplo, la condición de hijo natural del personaje, su despejo para aprender oficios, su habilidad para la pintura, su aventura con dos novicias en el convento donde profesan y la protección que le dispensa el Duque de L., que parece ser su verdadero padre.

Pero a quien tenga presente la secuencia de novelas senderianas que se han ido mencionando, *El verdugo afable* le parecerá una continuación natural —mejor humorada, menos recargada de simbolismos, más confiada a una acción trepidante— de la búsqueda de la esencialidad humana que se había iniciado en *Crónica del alba*. Y si en este relato domina el tono y la voluntad rapsódicos es porque, en gran medida, Sender sintetiza aquí una reflexión que viene de muy atrás. Cierta sentido del humor y

una evidente propensión a la alegoría son, además, prendas que caracterizan a otras dos grandes novelas de la postguerra mundial que quizá no fuera descabellado cotejar con ésta: *El tambor de hojalata* (1959) de Gunther Grass y *Matadero 5* (1969) de Kurt Vonnegut.

También *El verdugo afable* quiere ser un recorrido por la vida histórica española anterior a 1936, como prólogo obligado de lo que sucedió en ese año y los tres siguientes.

La narración —que se presenta, igual que en *Imán*, como el testimonio obtenido por un periodista— comienza con el minucioso relato de una ejecución que oficia Ramiro y concluye con una extraña procesión que las fuerzas vivas de la ciudad ofrecen a su ejecutor. En medio, Ramiro Valle-mediano, mancebo de botica, ha contribuido al error que provoca la muerte de su principal y de su hija; ha presenciado el terrible final de la falsa sirena del circo donde trabaja y hasta ha comido inadvertidamente de su carne; ha enamorado a dos novicias en el convento donde se refugia vestido de mujer; se ha hecho periodista en Madrid; ha participado en conspiraciones anarquistas; ha sido testigo del aplastamiento de la rebelión de Casas Viejas y, al final, ha optado por hacerse verdugo: «¿Es sagrado el orden? —le dice a su antiguo confesor, el jesuita Anglada—. Atrévanse a santificar al verdugo que se hace cargo de la inmensa cobardía de los demás y asimila todo el desprecio que los demás merecen. Mientras ese verdugo engrasa su

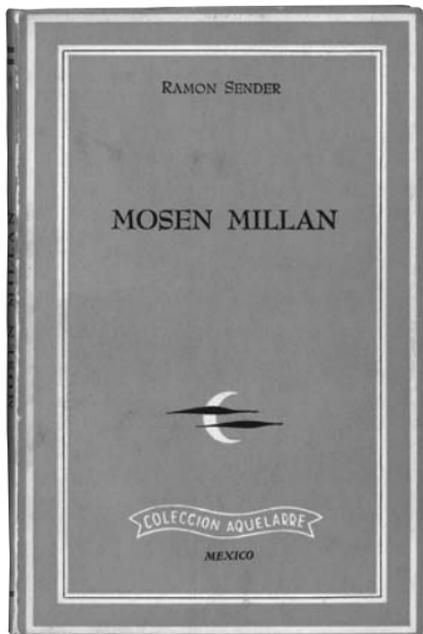
cuerda por la noche, usted duerme más tranquilo. Atrévase, Padre Anglada, a reconocerlo».

En *La esfera*, Federico Saila había pensado que el oscuro deseo de matar que cada hombre lleva dentro de sí es una voluntad secreta de «suicidarse en el prójimo», una variante de la autodestrucción que le asalta a menudo. Y cuando se pregunta por qué le adora su perro, se responde que porque ve «el verdugo y el reo en una sola persona [intenciones suicidas de Saila], lo que permitía al perro entrar sencilla y naturalmente en las fatalidades perrunas más altas: el perro del verdugo, el perro del reo». Vallemediato también ha pensado alguna vez en suicidarse, pero ahora, nuevo Lazarillo de Tormes «en la cumbre de toda buena fortuna», cree que «lo único respetable es ese pobre hombre de las manos espantosas que nada pide a cambio de recibir y acumular sobre su conciencia las claudicaciones, los terrores nocturnos, los crímenes de todos».

Un año después de *El verdugo afable*, Sender publicó la novela corta más perfecta y conmovedora de la literatura española contemporánea: *Mosén Millán* (1953), que luego llamó, con título más grandilocuente, *Réquiem por un campesino español*. El autor abordaba nuevamente el tema de la guerra, aunque —como sucedía en *El rey y la reina*— lo hacía en un deliberado ambiente abstracto (es imposible reconocer el pueblo en que se desarrolla la trama) y con el propósito de alumbrar el significado de la contienda en

el hondón de las conciencias: la guerra íntima antes que la guerra pública.

Dos temas se integran armoniosamente en el breve texto: el remordimiento ocasionado por una delación (que Sender ya abordó en *El vado*, novela corta integrada en *El verdugo afable*) y la condición sacerdotal del delator, Mosén Millán, que lo integra en una compleja galería de curas angustiados cuyo representante más cercano es el Manuel Bueno de la novela de Unamuno. En la atribulada conciencia del párroco —que se prepara a celebrar por Manuel, un joven fusilado, el funeral que quieren pagar sus propios asesinos— aparecen, casi a la vez, el pasado y el presente en una sucesión vertiginosa que coincide con el tiempo que le cuesta revestirse: la vida del muerto al que bautizó y que ya despuntaba como uno de los mejores mozos del lugar, la conversión política de Manuel —pequeño propietario— al ver la miseria de muchos de sus convecinos, la lenta gestación



Portada de Mosén Millán, primer título de Réquiem por un campesino español

del clima de la Guerra Civil, la desdichada captura del joven al poco de triunfar la sublevación, la catadura moral de sus enemigos y hasta el romancillo que canturrea el monaguillo y que significa una suerte de coro popular que ya llora la muerte del héroe.

En 1947 Sender había dedicado la primera edición de *El rey y la reina* a la memoria de su hermano Manuel, alcalde de Huesca inmolado por los fascistas; luego, en 1953, la espléndida novela corta *Mosén Millán* fue un homenaje mucho más explícito, pero también una seria reflexión filosófica que oponía el ritmo natural de la vida a la violencia de los hombres, la espontánea solidaridad de los inocentes al odio de los culpables, y que exploraba el abismo de una conciencia donde se unían inextricablemente la cobardía y el amor, el crimen y la caridad.

**Un autorretrato moral: del prólogo
a *Los cinco libros de Ariadna* (1957)**

«Creo que no puedo ver ni sentir políticamente. No soy capaz de formar en la fila de los perros de circo ladrando al compás y llevando en la boca el bastón del amo ni por otra parte tengo el menor deseo de actuar de jefe de pista [...]. Tampoco mis experiencias de juventud fueron políticas. Ignoro lo que es una asamblea de partido o una reunión de célula. Pero sé que el poeta y el político son especímenes

opuestos e inconciliables, y que las cualidades del uno y del otro se repelen. Cuando me he acercado a la política me he conducido como poeta (resultaba así un animal indefinible) y entre los escritores me consideraban a menudo un político. Unos y otros se engañaban y se irritaban al sentirse engañados. Pero un escritor no puede evitar la circunstancia social. Para mantenerse insensible a los problemas de nuestro tiempo hay que ser un pillito o un imbécil [...].

Como cada español yo he tenido mis aventuras. Los riesgos han sido muchos, pero me ha ayudado hasta hoy el repertorio de los valores más simples y primarios de la gente de mi tierra. No del español de la urbe (repito que una de las cosas que no puedo ser es un burgués y lo siento) sino tal vez del campesino de las tribus del norte del Ebro en la parte alta de Aragón. No lo digo con romanticismo aunque los iberos por la lejanía y el misterio podían ser un mito poético sino con un modesto deseo de exactitud. Si los lectores conocieran a los supervivientes de esas tribus conservados feliz o desgraciadamente en su pureza original verían que no tengo intención suntuaria como el gran don Ramón (Valle-Inclán) cuando hablaba de los celtas y el malpocado Baroja cuando escribe de los vascos por muy bien que lo haga (eso, es otra cosa). Mis ilergetes tienen de la nobleza un sentido cavernícola que es compatible naturalmente con cierta complejidad y con el deseo de lo sublime. Quiero decir que soy probablemente algo de eso: un ibero rezagado. El serlo no representa mengua ni privilegio.»

En el año 1957 apareció el relato *Los cinco libros de Ariadna* —que ya había sido anticipado en 1955 por la novela *Ariadna*—, otro exorcismo de un pasado que seguía obstinadamente presente. No en vano, Sender adornó el texto con un prólogo que fue, sin duda, su mejor autorretrato moral y literario.

Homenaje al amor y al remordimiento, satanización de las actuaciones comunistas durante la Guerra Civil, patética autoexculpación por parte del protagonista: todo esto, y algunas cosas más, hay en este extenso relato que, de nuevo, adopta una estructura formal de juicio —Javier y Ariadna testimonian ante un grotesco tribunal universal de la OMECC acerca de la contienda española—, donde no falta una imagen esperpéntica del propio general Franco, otro de los fantasmas permanentes del autor.

Pero, por encima o más allá de su inmediatez política, *Ariadna* —como dice el citado prólogo— es un libro de prosa «escrito como otros míos *sub specie poetica*» y, como *El lugar del hombre* y *Crónica del alba*, supone también la expresión de un ardiente deseo de vinculación afectiva: «Perdidas algunas raíces, quizá las más importantes, sentimos la necesidad de compensarlas con una floración capaz de explicar lo inexplicable o de propiciar alguna emoción virgen [...]. Con ella y con otros fantasmas de mi intimidad espero el momento de regresar a España o de renunciar definitivamente al regreso en una dulce calma».

En 1958, por último, acudieron a su imaginación más visitantes conocidos: el recuerdo de aquella representación infantil de *La vida es sueño* (que conocimos en *Crónica del alba* y en *El verdugo afable*), la sombra tenaz de sus malas relaciones con el padre y la idea —nada infrecuente en *La esfera*— de la inexistencia de fronteras entre la realidad y la fantasía. Fruto de todo ello fue *Los laureles de Anselmo*, un drama con proporciones de novela —como los que escribió Baroja— que traslada la experiencia de Segismundo, hijo del rey de Polonia, a un operario de las cloacas neoyorquinas que resulta ser el retoño adulterino del millonario don Gil.

La fantasía dramática desarrolla, por un lado, el encuentro de Anselmo con su nueva vida y cómo ha de decidir entre el amor de su fiel Leafie ("Hojita"), antigua prostituta que le admira, y la princesa Cristina, mientras que, por otra parte, refleja las relaciones entre don Gil y Tangles, la madre de Anselmo que, durante su vida de obrero, ha estado junto a él disfrazada de una suerte de criado protector. Si la primera historia tiene el brillante atractivo de un ballet, la segunda se presenta como un contrapunto esperpéntico en el que no faltan las habituales reflexiones senderianas sobre la culpabilidad y la inocencia: ¿mató Tangles a la mujer de don Gil?, ¿se suicidó ésta?, ¿basta la intención para engendrar la responsabilidad real? Pero todo en esta obra —lo más luminoso y lo más sórdido— navega siempre entre la realidad y el sueño. Cristina, la

princesa, llena de voluntad y sabiduría, pese a su aparente inexperiencia, lo sabe muy bien: «Todo va a desmoronarse —le dice a Anselmo— si te empeñas en despertar». Y Anselmo sabe muy bien que el sueño es la «verdadera y secreta dimensión de la realidad», como sabe que, incluso en el sueño, la vida humana es un deseo feroz de afirmar la existencia (de hallar el "lugar del hombre" que indagaba la novela de 1939):

«Cuando voy por la calle —dice el protagonista— las cosas las veo de otra manera que antes. Veo millares de fantasmas como yo. Todos parecen de carne y hueso, como yo. Pero son fantasmas. Unos feos y otros hermosos, unos felices y otros desgraciados [...]. Todos dicen lo mismo: "Aquí estoy yo. He nacido y aquí estoy. Mírame bien, por favor". Tienen miedo a tener que marcharse algún día sin que se haya reparado en ellos.»

Con estas variaciones sobre la alegoría calderoniana, se cierra el ciclo más apasionante de la producción de Sender: entre *El lugar de un hombre* y *Los laureles de Anselmo*, en veinte años, el autor convirtió su dramática experiencia personal y la de su tiempo en una originalísima reflexión sobre las relaciones entre el instinto y la razón, la culpa y la inocencia, lo trascendente y lo inmediato. Pero esos temas no dejaron de hostigarle. Ni dejó de buscar —en la madeja de los géneros y las formas literarios— una forma más feliz de expresarse y también alguna manera privilegiada de proponer a los lectores sus descubrimientos.

CIVILIZACIÓN Y NATURALEZA: UNA IMAGEN DE AMÉRICA



Resulta muy curioso pensar que América estuvo presente en las dos primeras obras de Sender, cuando el escritor estaba bien ajeno de que habría de vivir en el Nuevo Continente la parte más larga de su existencia: *El problema religioso en México* (1928) fue, como ya se ha dicho, un brillante reportaje sobre la segunda fase de la revolución mexicana y en *América antes de Colón* (1930) compiló una serie de estudios de divulgación publicados en *La Libertad* antes de llegar a este breve folleto.

En 1939, cuando Sender llegó a su tierra de acogida, América del Sur representaba varias cosas que le fascinaban, como antes habían subyugado a bastantes escritores internacionales (recordemos, sin ir más lejos, a ingleses como D. H. Lawrence y Malcolm Lowry, a un francés como Antonin Artaud o a norteamericanos como John Steinbeck y Ernest Hemingway, por no citar a su admirado Valle-Inclán de *Tirano Banderas*): la existencia de una remota y nunca olvidada cultura ancestral, el predominio de los valores intuitivos en la vida cotidiana, la convivencia del atraso material y de un espontáneo sentido de la dignidad.



Casi de inmediato, Sender escribió sobre su nuevo contexto material. De fecha tan precoz como 1940 son los cuentos de tradición azteca que componen *Mexicayotl* y su drama sobre la conquista *Hernán Cortés*: los primeros se integraron parcialmente en *Novelas ejemplares de Cíbola* (1961), como una suerte de contrapunto telúrico a los relatos principales que luego veremos, y el segundo se convirtió en *Jubileo en el*

Zócalo (1964), uno de los relatos dramatizados más intensos y logrados del escritor. Y en 1942 dio a la luz una obra maestra, la novela *Epitalamio del Prieto Trinidad*, que conoció además un singular éxito en sus traducciones francesa y norteamericana.

Sender vuelve a hallar en un lugar cerrado —una penitenciaría situada en una isla del Caribe— y en una culpa colectiva los pretextos de la acción. Los reclusos han dado muerte al Prieto Trinidad, director del penal, quien acababa de regresar en compañía de su joven desposada, la

Niña Lucha. Lo que sigue es una suerte de orgía desbocada que, sin embargo, trasluce los principios de un orden: se exorciza en violentos rituales al jefe muerto, se combate por el poder y se busca la posesión de la virgen, imagen de la inocencia y símbolo de la jefatura.

Dos personajes destacan en la galería de espantos y crueldades: el Careto es un prisionero europeo, excombatiente franquista y nazi de convicción, que nos recuerda poderosamente la fecha de escritura del relato; Darío González, joven y descreído, es el maestro de los niños de los reclusos y quien asume el papel de héroe como libertador de la protagonista. Lenta pero seguramente, Darío va haciendo suyo un objetivo vital que, a la vez, significa un modo nuevo de comprender el mundo:

«La vida es un ideal en marcha», piensa, y «todo se le fundía en una sola masa de sentimientos. La gran tarea era inventar estados de conciencia para los cuales no había palabras todavía. Pero expresarlo todo era completamente imposible. Lo absoluto no era más que una ilusión. Pero en el centro de esa ilusión podía haber algo terriblemente concreto: una persona. Una mujer. La mujer. Y ahora esa ilusión tan concreta le hacía sentir lo absoluto en la luciérnaga y el sapo. Y tenía necesidad de aquel absoluto».

Como el Pepe Garcés de la *Crónica del alba* se soñaba «Señor de Amor, del Saber y de las Dominaciones», Darío siente también que puede ser «el Gran Señor del Alba» y, en tanto, va entendiendo que «todas las pasiones, el odio,

el rencor, la envidia, la malquerencia, no eran sino formas de amor». Y quizá por eso, conseguido su propósito, rescatada la Niña Lucha y ya en sus brazos, piensa en regresar a la isla que ha dejado: «La vida poblada de monstruos, pero con un caminito entre los monstruos», como piensa la joven enamorada que, a su vez, hace suyo su destino con aquella «gravidad de desposada» que no tuvo en su primera arribada a la penitenciaría.

Las *Novelas ejemplares de Cíbola* (1961) —que fagocitaron algunos de los cuentos de *Mexicayotl*— constituyen uno de los mejores aciertos de Sender en el género del relato breve que siempre le fue particularmente propicio. En todas sus tramas, la solidez y el aplomo del mundo indígena —en este caso, de los pueblos primitivos de Nuevo México— se contraponen a las desazones y angustias de los advenedizos de origen europeo: en *La madurez del profesor Saint John*, los celos de éste, que le conducen al asesinato de su pretendido rival amoroso, contrastan con la serenidad del indio Buenaventura que también mató —a su padre— sin el menor remordimiento; en *El Padre Zozobra*, el alcoholismo y las cavilaciones del sacerdote réprobo se contrarrestan con la limpieza de ánimo de la enfermera Malinche; en *La terraza y Los invitados del desierto*, dos fiestas —la de los pacientes de una clínica psiquiátrica y la de los excéntricos norteamericanos que se reúnen en Thaos— desgranar sus desvaríos a la vista de un desierto siempre igual a sí mismo; en *Aventura en Bethania*, por

último, el ventrílocuo Laner escenifica su historia de amor, celos y odio en el marco irreal de un pueblo abandonado por los indios y que tomó su nombre de un falso milagro.

Al mismo género de la novela corta pertenecen algunos otros logros notables. "El extraño doctor Photynos" y "Las rosas de Pasadena" aparecieron por vez primera en la colección de relatos a que dio título *Cabrerizas Altas* (1965) y luego han sido integrados en otras series; el primero es una curiosa actualización de las leyendas mexicanas sobre la divinidad solar y el segundo, una original variante del relato dialogal de ámbito cerrado en el que los condenados a muerte en un penal de Estados Unidos presencian —por obsequio de su director— la transmisión televisiva de la famosa cabalgata de las rosas en aquel barrio de Los Ángeles (Caryl Chessman, uno de los más famosos reclusos ejecutados de este siglo, es el protagonista del relato).

El primer contacto de Sender con la vida norteamericana está presente en un emocionante cuento, *Aventura de Texas*, del libro *Relatos fronterizos* (1970), donde no faltan —como en *Ensayos del otro mundo*, del mismo año— referencias divertidas o críticas a la candidez, la complicación y los prejuicios de la vida urbana en Estados Unidos. Y una sistemática exploración de esas distancias ocupó las cinco novelas que Sender escribió sobre las aventuras de una universitaria norteamericana, Nancy, que decide realizar su

tesis doctoral sobre los gitanos españoles: los cinco relatos (*La tesis de Nancy*, 1962; *Nancy, doctora en gitanería*, 1974; *Nancy y el bato loco*, 1971; *Gloria y vejamen de Nancy*, 1977, y *Epílogo a Nancy*, 1984) se reunieron con algunas variaciones —que afectan también a los dos primeros títulos— en el último año citado.

Sender quiso escribir (como luego en *Arlene y la gaya ciencia*, 1976) unas novelas de humor académico que progresivamente acaban por ser un cajón de sastre de digresiones semieruditas y ocurrencias no siempre ingeniosas: la comicidad es un tanto mecánica —el humor no era el fuerte de Sender— y el artificio del contraste entre la americana ingenua pero lista y los informadores gitanos y andaluces no puede sustentar tantas páginas. Más acertado anduvo el escritor en su último relato americano, *El alarido de Yaurí* (1977), que vuelve a confrontar, esta vez en la Lima moderna, una historia de celos y muerte con la impavidez estoica de la tradición indígena: Cyril es un refugiado yugoslavo, otro náufrago de la guerra mundial que ha creído hallar el amor y la paz en Perú, donde se dedica como aficionado a la arqueología, pero su mujer le engaña y su hija lo es de un antiguo amante con el que ella se quiere casar, una vez muerta la esposa de éste. Y Cyril se suicida en el valle de Yaurí con un terrible alarido. La credulidad de los indios convertirá estas circunstancias en un episodio sagrado y a Cyril en una deidad que propicia la lluvia.

UN SUCEDÁNEO DE LA TRAGEDIA: LA NOVELA HISTÓRICA



Pero la mayor parte de las exploraciones senderianas de lo americano se produjeron en el marco genérico de la novela histórica. Y no han faltado quienes defiendan que lo mejor del autor está en esa índole de narraciones cuya lista, de hecho, comienza tan temprano en su obra (*Imán* y *Mr. Witt* son, de algún modo, relatos históricos, como lo fue *El verbo se hizo sexo* y luego el drama *Hernán Cortés*): con Robert Graves, Marguerite Yourcenar y Thornton Wilder, Sender ha sido uno de los escritores que ha dado mejores aportaciones (entre 1930 y 1970) a un género surgido de la imaginación romántica. Pero también es evidente que sus relatos históricos deben poco a los de Walter Scott y sus seguidores decimonónicos, que buscaron en el pasado metáforas de libertad a veces muy patentes.

Los novelistas históricos del siglo XX han oscilado entre el "turismo historicista" por el pasado (que proporciona millonarios *best-sellers* en la actualidad) y una consideración psicológica de lo histórico que les lleva a reconstruir conciencias antes que contextos. A estos últimos novelistas pertenece Sender, sin duda. Nuestro escritor percibe la novela histórica como una suerte de sustituto moderno

de la tragedia clásica: un género que permite indagar en destinos ya concluidos, de final inalterable ya escrito, para conjeturar en su seno las pasiones, las certezas y las dudas con que los vivieron sus protagonistas. Para quien siempre concibió la literatura como una forma de «hacer verosímil lo real», la novela histórica había de ser, al cabo, un territorio tentador y privilegiado.

En tal sentido, *Bizancio* (1956) fue la primera novela propiamente histórica de nuestro autor: un largo retablo sobre las hazañas que, a principios del siglo XIV, llevaron a cabo los mercenarios almogávares catalano-aragoneses en el Imperio de Oriente y de la venganza que tomaron por la muerte de su jefe, Roger de Flor.

Escrito veinte años después de *El conde Belisario* (1938) de Robert Graves, el relato es un fascinante hilván de crueldades, traiciones y heroísmos en el que la imaginación de Sender inserta hábilmente una óptica peculiar: la de la princesa María, esposa, luego viuda de Roger y al cabo vengadora de tantas catástrofes. El personaje tiene alguna deuda con la Milagritos de *Mr. Witt* y con la Niña Lucha de *Epitalamio*, pero tiene más magia que la primera y resulta menos estática que la segunda; constituye, de hecho, el arquetipo de las misteriosas mujeres-niñas senderianas que desarrollará su obra posterior hasta encontrarse en un relato tardío con Tánit, la divinidad fenicia de la que deriva Venus: la "diosa blanca" del célebre libro de Graves.

De formato más breve, *Carolus Rex* y *Los tontos de la Concepción* se publicaron en 1963, como la más extensa *El bandido adolescente*, recomposición de la vida de Billy *el Niño*, donde repara fundamentalmente en su contexto hispánico.

La primera novela citada fantasea sin mucha fortuna sobre las intimidaciones palaciegas del confuso reinado de Carlos II *el Hechizado*; la segunda, mucho más considerable, reconstruye con fascinante morosidad el enfrentamiento de los indígenas —el pueblo "yuma" o "tonto"— y los clérigos españoles en una misión de California, que acaba con la traición del indio Ginesillo y el martirio del Padre Garcés, que corresponde al histórico personaje del franciscano de Morata de Jalón (Zaragoza) Francisco Hermenegildo Tomás Garcés, muerto en 1781.

Al año siguiente, en 1964, la conquista de América fue, de nuevo, el tema de *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*, la más famosa de las novelas históricas del autor, quizá porque el personaje central —el conquistador de un enorme fracaso (la navegación por el Amazonas), que se alzó contra la autoridad de Felipe II y se desnaturó como súbdito— ha subyugado también la imaginación de escritores como Arturo Uslar Pietri y Abel Posse, y de cineastas como Werner Herzog y Carlos Saura. Con *Bizancio* y *Las criaturas saturnianas*, forma la trilogía de los relatos más extensos y logrados de esta faceta del escritor, aunque quizá sea el más flojo de los tres.

Resulta, sin embargo, una apasionante investigación en un tema que al autor le fascinó siempre, el del mal, que, en este caso, no es involuntario (como en el Ramiro Valle-mediano de *El verdugo afable*), ni fruto del desvalimiento (como el de los pobres presos del *Epitalamio del Prieto Trinidad*): Lope es, como muchos personajes de la novela existencialista, un hombre de fe, una suerte de abnegado experimentador del mal y un caudillo con mala suerte. Pedrarias, uno de sus compañeros, lo define así:

«¡Qué gran camarada sería este Lope si no fuera tan...! Y no acertaba con la palabra. Miserable no le iba. Vil tampoco. Era difícil calificarlo de un modo vejatorio porque veía en él un Julio César con la cabeza reducida al tamaño de un puño, como hacían los indios tupíes. Pero Julio César. También el caudillo romano había matado gente culpable y gente inocente.»

Las criaturas saturnianas (1967) fue la última gran invención histórica de Sender e incluyó en su marco el relato *Emen Hetán* (1958), curiosa incursión narrativa en el mundo de la brujería vasca del siglo XVIII. Con la nueva novela, el autor dio rienda suelta, sin duda, a su escritura más libre y moralmente gratuita, más cercana a lo que hoy llamaríamos concepción post-moderna de la novela histórica. Pero bastantes de sus elementos siguen fielmente paradigmas narrativos que ya conocemos: el fundamental es la creación del atractivo personaje central, la princesa Lizaveta, víctima de las maniobras de su pariente Catalina

de Rusia y del favorito Orlov que, tras padecer años de sevicia y terrible prisión, recupera la libertad y, al lado del aventurero Cagliostro, conoce la otra cara —la esotérica y mágica— del que fue llamado Siglo de las Luces.



Amuleto A, serigrafía de Sender inspirada en óleo original de 1967 (Foto: F. Alvira, cedida por el I.E.A.)

Ese mismo año de 1967, pero unos pocos meses antes, vieron también la luz *Tres novelas teresianas*, obra que representa mucho más que una revisión del tema de la novela de 1931: *La puerta grande*, *La princesa bisoja* y *En la misa de Fray Hernando* son narraciones breves que abordan la juventud de la monja (y su relación con el confesor don Lope), su encuentro con la Princesa de Éboli y, ya en sus últimos años, sus pensamientos durante una misa que Fray Hernando celebra por el alma del Barón de Montigny, a quien se va a ajusticiar.

A estos relatos espléndidos (entre los que destaca el último) podría añadirse todavía *Las gallinas de Cervantes*, también de 1967, que, más allá de su divertida idea de presentar a la esposa de Cervantes convertida en gallina, significa una sutil reflexión sobre las miserias del llamado Siglo de Oro y sobre el mundo y las ideas del escritor español. Sender conocía bien la literatura clásica y no era ajeno, sin duda, a la discusión vigente en aquellos años sobre la que Américo Castro llamaba "edad conflictiva": las comparencias de don Quijote como personaje de *La puerta grande* y del mismo Lázaro de Tormes como un fugaz camafeo de *En la misa de Fray Hernando* muestran la voluntad del autor de que sus novelas históricas fueran también una pequeña *summa* artística de la España de los siglos XVI y XVII.

INCURSIONES EN OTROS GÉNEROS: POESÍA, TEATRO, ENSAYO



Las novelas que se han enumerado con algún detalle no fueron las únicas aportaciones de Sender. Su talante inquieto y su misma concepción intuitiva de la escritura le llevaron a explorar con fecundidad otros horizontes literarios. Siempre defendió, por ejemplo, que la naturaleza predominante de su inspiración era poética y, de hecho, consideró sus versos como una suerte de compuesto que emanaba de sus imaginaciones. Y, en tal sentido, su pintura —similar a un surrealismo *naïf*, no siempre logrado— ocupa en su obra un lugar parecido.

Escribió versos para los prólogos de *Crónica del alba* y, en más de un relato (como el *Epitalamio del Prieto Trinidad* o *Mosén Millán*), hallamos canciones seudopopulares o romances narrativos que cristalizan enigmáticamente momentos clave de la acción o melodías de acompañamiento de la misma.

En 1960, por fin, compiló con el título *Las imágenes migratorias* una larga serie de poemas que en 1974 modificó y amplió como *Libro armilar de poesía y memorias bisiestas*.

**Sobre la función poética
del recuerdo: un poema de Sender**

Syllaba memorable

(de *Libro armilar de poesía...*)

Hacia el lago de las adolescencias
quiero llevarte para que despierte,
bajo el yugo de mis reminiscencias,
tu vida nueva y mi vieja muerte.

En el agua invertida quiero verte
y hallar, cruzando tus indiferencias,
del fin del llanto, en esperar inerte
de las demoras y las inminencias.

Ojos, lagos de nieblas y preces,
de tempranías y de madureces,
si del bajel de amor la última estela
se nos pierde, yo probaré a escalar,
en niebla y sangre, el alto luminar
donde toda memoria se congela.

Sender prefiere formas métricas convencionales y sus versos —que tienen más de un eco de los de Valle-Inclán, no sólo los títulos que imita— abundan en imágenes misteriosas y herméticas con las que se celebra, con solemnidad litúrgica, un mundo de mitologías personales (el amor, la muerte, el paisaje y el recuerdo de la infancia) y colectivas

(la Dama de Elche, los grandes temas literarios clásicos). Como dice en el importante prólogo de la colección de 1974, «no he tenido realmente felicidad y tampoco la hay en este libro, pero he tenido y hay en él algunos paréntesis de secreta y gozosa plenitud». A ellos corresponden estos versos críticos y evocadores porque «la poesía no tiene caminos rectos sino helicoidales como las esferas. Y se cumplen (como las esferas mismas) fuera de lo lineal del tiempo, donde están presentes vida y muerte, pasado y futuro».

Según ya se ha dicho anteriormente, el teatro fue siempre una tentación organizativa que asalta muchas novelas senderianas: unas tienen forma dramática explícita (*Los laureles de Anselmo*, *Jubileo en el Zócalo*) y otras se basan en planteamientos dialógicos cercanos a la escenificación (como sucede en *El rey y la reina*, por ejemplo). Al margen de esta tendencia, el autor escribió obras propiamente teatrales: el drama en un acto *El secreto* es de 1935; *El diantre* (basada en un cuento de Leónidas Andreiev), de 1958, que se imprimiría en 1969 junto con *Donde crece la marihuana* y *Los antofagastas*, la primera de las cuales parafrasea el tema de *El curioso impertinente* de Cervantes. *Don Juan en la mancebía*, por último, vio la luz en 1968.

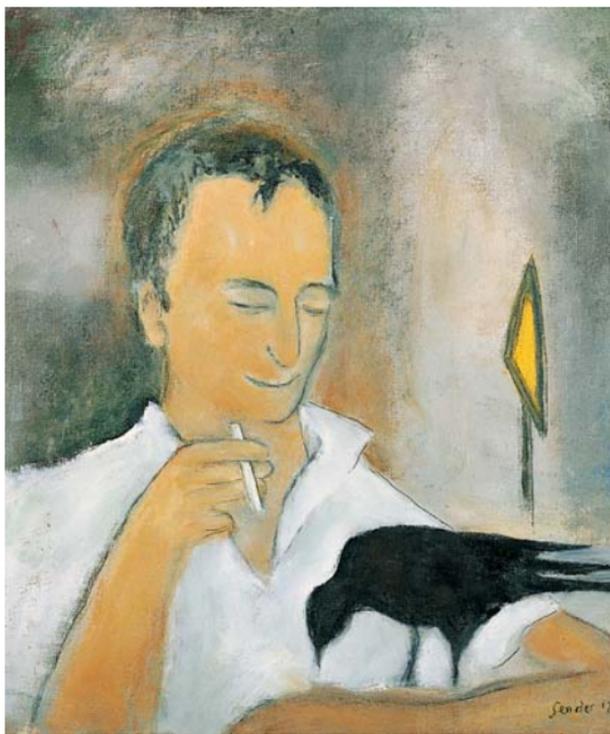
En los *Ensayos del otro mundo* (1970), Sender consignó que para él el ensayo es «una suerte de monólogo documentado. Inspirado y, si es posible, iluminado». No es mala

definición para los que componen este libro tan sugestivo, como para los muchos trabajos compilados o dispersos que escribió como autor de la *American Literary Agency*, como redactor asiduo de Destino o como colaborador de *Heraldo de Aragón* (sus trabajos en este diario se reunieron en dos volúmenes, en 1978 y 1981, bajo el título común *Solanar y lucernario aragonés*).

Algunos otros títulos, sin embargo, merecen ser citados con especial atención: es el caso de *Examen de ingenios (los noventayochos)*, de 1961, que contiene impresiones personales y juicios a menudo muy certeros de sus grandes antecesores; *Ensayos sobre el infringimiento cristiano*, de 1967, que estudia el cristianismo desde supuestos antropológicos y comparatistas siempre sugerentes, aunque arbitrarios, y *Tres ejemplos de amor y una teoría* (1969), que renueva —con un buen análisis de las cartas de Balzac a Madame Hanska y de las teorías stendhalianas— la vieja teoría platónica que Aristófanes expuso en *El banquete* acerca del origen común de hombres y mujeres. Pero, sin duda, los máximos aciertos del escritor en este género corresponden a libros inclasificables donde el propósito ensayístico se mezcla con la autobiografía y con la construcción de una suerte de referencia imaginaria que, a modo de un escenario, abarque el carrusel de los recuerdos, las opiniones y los deseos de otra vida soñada.

Sólo así cabe definir *Monte Odina* (1980), donde la organización de una biblioteca en la finca de un amigo de

su padre es el pretexto organizativo que le permite enhebrar recuerdos aragoneses, opiniones sobre la literatura del siglo XX, anécdotas de infancia... e historias imaginarias del presente y del pasado, algunas tan conmovedoras como la de su amiguito Froilán y el cometa Halley o tan nostálgicas como las de la llegada del albatros perdido a la finca (el Sender adolescente conoció "Monte Odina" y D. Francisco Laguna, su propietario, fusilado durante la Guerra Civil, le prometió convertirlo en su bibliotecario, pero nunca se llevó a efecto la promesa). Menos compleja fue la estructura del volumen póstumo *Álbum de radiografías secretas* (1982), donde Sender repasó sus relaciones con los escritores internacionales de su siglo, a la vez que dejaba numerosas reflexiones sobre su propia concepción de la literatura: Albert Camus, Simone Weil, Nancy Cunard, William Faulkner, D. H. Lawrence, Pablo Picasso, etc.



Retrato con cuervo, óleo de Ramón J. Sender, 1975,
cedido al I.E.A. por su hermana Asunción (Foto: F. Alvira)

LOS ÚLTIMOS AÑOS



En 1961 Sender aceptó un puesto de profesor en la Universidad de Los Ángeles con el propósito de que un clima marítimo le aliviara los problemas pulmonares que tenía en el seco y polvoriento Nuevo México. Se divorció de Florence Hall (con la que, sin embargo, siguió manteniendo una relación estrecha) y en 1963 se jubiló de la docencia, aunque todavía desempeñó después algunos cursos extraordinarios en San Diego, no lejos de Los Ángeles, y luego en Seattle y en Michigan, donde coincidió con dos activos senderianos de origen español (Marcelino C. Peñuelas y Julia Uceda, respectivamente).

En 1962 volvió a Europa para tener en París una reunión con las nutridas familias Sender y Garcés. Y en 1974 viajó por primera vez a España desde el fin de la Guerra Civil: la visita estuvo organizada por la Fundación General Mediterránea (del grupo Bankunió, muy próximo al Opus Dei) y el desencuentro con su público potencial fue notable.

Sender publicaba ya asiduamente en España desde que en 1965 Destino había incluido *El bandido adolescente* en su colección "Áncora y Delfín" y, de añadidura, había ganado el Premio Planeta en 1969 por el relato *En la vida de Ignacio Morel* y, antes, el "Ciudad de Barcelona" por la reedición de *Crónica del alba*. Pero sus conferencias —que



Sender en la estación del Portillo, Zaragoza 1974



Homenaje jotero al escritor, Zaragoza 1974

versaron sobre sus habituales cogitaciones antropológico-filosóficas— y, sobre todo, la discutible personalidad de sus anfitriones y turiferarios más asiduos, defraudaron las expectativas de sus lectores más jóvenes, que esperaban con no poca candidez un pronunciamiento político más explícito y, sobre todo, mejores compañías.

A Sender le dolió la incompreensión inevitable, que, de algún modo, ya había previsto con lucidez (su novela breve *El regreso de Edelmiro*, que narra el hostil recibimiento de un exiliado aragonés en su pueblo, ya había motivado airados artículos de respuesta en el diario católico *El Noticiero*, provenientes esta vez de sectores de la derecha más convencional). Dos veces más regresó todavía a España, en 1976, y en la segunda tuvo también un violento encontronazo con Camilo José Cela en su residencia mallorquina.

Nada era fácil para un hombre que nunca se distinguió por su ductilidad perso-



Conferencia de Sender en Huesca, 1974

nal ni por la facilidad de su trato. Era además un enfermo crónico que ya el 16 de mayo de 1965 escribía a su amigo Maurín acerca de sus ataques de asma:

«La cosa empieza a ser intolerable. Tengo a la cabecera de la cama un tanque de oxígeno vertical como un rocket de Cañaverál dispuesto a volar a la luna, lleno de manómetros y agujas marcadoras de presiones e intensidades. Y a lo mejor me tienes a las tres de la mañana intentando respirar, con una mascarilla puesta. No creo que yo ni la vida que uno vive merezca tantas complejidades. Aunque me gustaría ver en qué acaba todo esto de Franco [...]. Si no he hecho algo irreparable es porque me queda un raro fondo de catolicismo... y porque no tengo con qué. Tú me entiendes.»

Ha sido muy frecuente la imputación —en gran medida, justificada— de que la obra de los últimos años del escritor vale mucho menos que la anterior a 1960. Y, sin embargo, merece la pena leer atentamente ese rímero torrencial de papel impreso, porque entre ideas a medio pensar, tramas erráticas, reiteraciones obsesivas y flaquezas de estilo se ocultan unos cuantos hallazgos de muchos quilates. La inmensa mayoría de ellos tiene como centro la creación de un personaje central que, en buena parte, ya conocemos de obras anteriores: un hombre marginado y solitario, víctima de acontecimientos históricos, inserto a menudo en un contexto de violencia física, que nos da testimonio de su perplejidad y de sus descubrimientos morales.

Declaraciones a Marcelino C. Peñuelas sobre el proceso de la escritura

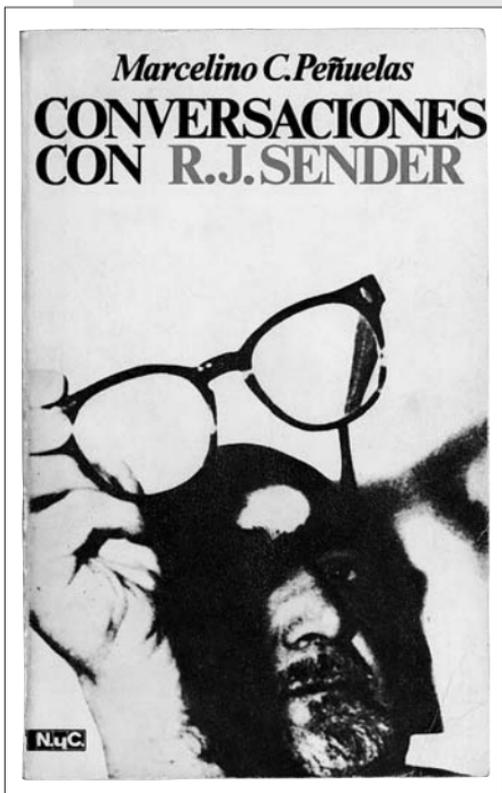
«[En mis novelas] aunque no preparo y la estructura se forma sola y escribo rápidamente, hay una cantidad de concentración y de atención realmente considerable [...]. Y por eso salgo de una novela nueva como se sale de una enfermedad, fatigado, nervioso... irritable.

[...] La corrección es un placer. Pero el primer borrador es una tortura, ¿comprendes? Una tortura reflexiva. Por otra parte, como me decía Antonio Machado, yo escribo con la reflexión y corrijo con la inspiración. Es decir, que cuando escribo el primer borrador es una tarea de reflexión realista sin ninguna preocupación de tipo formal. Y luego, cuando corrijo, es cuando con la mente fría y con la cabeza libre de la necesidad de organizar la obsesión, desde un plano que podemos llamar neutro, voy retocando, perfilando, dando a la prosa algún matiz que no tenía [...]. Es como esos pintores que comienzan manchando la tela con un fondo rojo, verde o amarillo, y algunos esbozos de lo que van a pintar encima.

[...] Yo escribo muy deprisa. Hago en un día, por ejemplo, treinta páginas a máquina [...]. Pero las escribo con un tipo de reflexión casi automática. Y sin releer. Y sigo así hasta el final [...]. Luego, voy estableciendo proporciones, inserciones entre líneas, alguna llamada al dorso de la página y dejo el manuscrito en forma ya "cristalizada". Final-

mente se hace la copia definitiva. Casi siempre esta segunda copia la hago yo y al mismo tiempo que la hago voy todavía corrigiendo. A veces el primer borrador lo dicto a una estenógrafa y resulta más cómodo.

[...] Sólo el arte fija, establece en qué consiste la realidad común a todos y la hace verosímil. Íntegramente verosímil en todos los niveles. Y el deseo de escribir en algunos de nosotros viene de eso. Hay que hacer verosímil la realidad.»



Portada del libro de M. C. Peñuelas, editado por Magisterio Español en 1970

A la estirpe de estos herederos del Federico Salla de *La esfera* pertenece, por ejemplo, el turbio Rafael Parga de *La luna de los perros* (1962), amante y asesino de Raquel, que vive en el París de 1941 los inicios de la Segunda Guerra Mundial.

Y, en cierto modo, esa condición de *outsider* y la misma ambientación parisina se repiten en *En la vida de Ignacio Morel* (1969), cuya sugestiva trama sorprenderá mucho a los lectores de *Mañana en la batalla piensa en mí*, la galardonada novela de Javier Marías: también aquí una amante casada muere en brazos del personaje central quien, con el tiempo, entabla una curiosa y ambigua relación con el viudo de su amiga.

Tampoco es escasa la calidad literaria de *Nocturno de los 14* (1969), recordatorio de una galería de suicidas reales que Sender conoció y que se aparecen en una singular alucinación al protagonista: entre ellos están Ernest Hemingway, Ernest Töller, Félix Lorenzo ("Fabián Vidal"), Max Jiménez, etc. *Tánit* (1970) es, a cambio, una novela mucho más confusa e irregular en la que subyace, sin embargo, una exploración del enigma femenino a la que se ha aludido antes. Y que enlaza con parte de la trama de *El superviviente* (1978), una nueva incursión en la Guerra Civil, donde el ex-fusilado Vares —ayudado por su jovencísima amante Paquita— se dedica a reconocer fascistas en retaguardia, recurriendo a los más abyectos procedimientos.

Dos años antes, *El fugitivo* (1976) había presentado la historia de un hombre, Joaquín, que, también en la guerra, se esconde en la torre de una iglesia para salvar la vida. Con él reaparece el viejo tema de "la culpabilidad inocente":

«Aparentemente —medita el protagonista— no había motivo alguno para haber sido condenado a muerte, pero yo me conozco bien y sé que mi delito es peor, puesto que he acumulado el sabido vértigo en mi alma como otros acumulan oro en sus cajas fuertes. Libertad auténtica, más allá de la vida y de la muerte, y lo que es peor, sin esperar nada de Dios ni de los hombres y también sin temer ni a los hombres ni a Dios.»

Las últimas novelas de Sender se acogieron bajo el rótulo general de "novelas zodiacales" que, ya en 1959, había comunicado a su amigo Maurín: «Si no te desmayas y no te burlas te diré que tengo una serie de 27 libros inéditos bajo el título de *El calendario armilar (memorias bisiestas)*». Entre ellas hubo rescates de relatos juveniles que reescribe, como es el caso de los titulados *Saga de los suburbios (Bajo el signo de Escorpión)*, *Una hoguera en la noche (Bajo el signo de Aries)*, *La Orestíada de los pingüinos (Bajo el signo de Piscis)* y *El oso malayo (Bajo el signo de Leo)*, junto con revisiones de relatos más o menos recientes, como *Cronus y la señora con rabo (Bajo el signo de Cáncer)* y *La muñeca en la vitrina (Bajo el signo de*

Virgo); así como otros textos originales: *Luz zodiacal en el Parque (Bajo el signo de Acuario)*, *Memorias bisiestas (Bajo el signo de Sagitario)* —que es una colección de aforismos—, *La kermesse de los alguaciles (Bajo el signo de Géminis)* —donde una trama amorosa entre un viejo y una joven convive con una peculiar teoría de la España de las autonomías— o *El jinete y la yegua nocturna (Bajo el signo de Capricornio)* —esbozo de un relato sobre el final del amor, el odio en la pareja y el aborto.



Paisaje urbano, óleo de Sender, 1979, cedido al I.E.A. por su hermana Asunción; el escritor pintó varias versiones de este cuadro (Foto: F. Alvira)

Las noticias de actualidad, los recuerdos y las obsesiones se mezclan inextricablemente en estos escritos confusos que tienen algo de deliberadas ceremonias paroxísticas; al margen de ellos se encuentra el último relato que Sender escribió, *Chandrío en la plaza de las Cortes*, inspirado por los acontecimientos, entre dramáticos por sus consecuencias y bufonescos por sus personajes, del 23 de febrero de 1981. El escritor, que había logrado su sueño (¡el de tantos de sus compatriotas!) de ver morir a Franco y que había recuperado la nacionalidad española el 27 de septiembre de 1980, murió el 16 de enero de 1982, cuando estaba próximo a cumplir ochenta y un años.

En uno de sus últimos títulos —*El jinete y la yegua nocturna*— había escrito: «Hablando y escribiendo soy siempre el mismo y lo digo todo. En resumen, puedo decirlo todo sin incomodidad. Hay violencias en mi alma, pero no hay en ella crisis alguna de decoro. Ciertamente que algunas veces pareceré chocante aunque será porque el lector reconocerá en lo que digo yo su propia intimidad. Es decir, que mis escándalos son únicamente revelaciones virtuosas». Y en la primera página de *Luz zodiacal en el parque* se había lamentado sobre el futuro de la literatura con estas palabras: «Dentro de poco tiempo nadie va a interesarse —creo yo— por el pensamiento de nadie. La gente fabricará pequeñas naves interplanetarias, seguirá levantando grandes estructuras de cemento con solarios de cristal y bebiendo licores o jugos de fruta, oyendo música

24 marzo 1975

Querido amigo,
Le envié según sus deseos
estas páginas para su libro. Lo
que he leído en Heraldo es
tremendo y lo ha escrito Vol
muy bien. Ojalá lo lean los
que pueden remediar esa estipi-
da y bárbara injusticia.
Cordialmente, con mi felicitación
por su noble tarea

A don I. Zeruel

*Carta autógrafa a Alfonso Zapater comentando su Aragón, ruta de la sed,
publicado en 1975 por la Institución «Fernando el Católico»*

mecánica sin melodía, toda ritmo y armonía con voluptuosas disonancias aquí y allá. Probablemente la literatura se considerará pronto a este paso una ocupación de mal gusto y la religión una forma de embriaguez menos eficaz que el alcohol. La culpa la habrán tenido en gran parte las casas editoriales que cultivan la tontería multitudinaria».

No encuentro mejores epitafios para el autor, ni, en el fondo, mejores testimonios de una admirable contumacia. Sender creyó durante toda su vida en una literatura basada en la sinceridad poética, el compromiso personal y el arrojo del pensamiento. Y se supo fundamentalmente hombre de su tiempo, aunque casi siempre vivió a contrapelo de él: fue un prototípico escritor de los años treinta —años amargos pero esperanzados, los más propiamente suyos— que sobrevivió a los años cuarenta y a los cincuenta bajo el peso de la culpa existencial y del recuerdo del pasado, y a los años sesenta y setenta a vueltas con su más rotunda discrepancia ante un mundo trivial, automatizado y ruidoso. Buscó siempre una nueva forma de heroísmo: quizá la única posible era seguir escribiendo. Y lo hizo.



Sender en Méjico, 1949, foto en la que se inspiró Picasso para retratar al escritor

LAS NOVELAS DE SENDER Y ALGUNAS DE LAS GRANDES

NARRACIONES DEL SIGLO XX. UNA CRONOLOGÍA

1930

Ramón J. SENDER, *Imán*

André MALRAUX, *El camino real*

Vita SACKVILLE-WEST, *Los eduardianos*

Hermann HESSE, *Narciso y Goldmundo*

Robert MUSIL, *El hombre sin atributos*
(primer volumen)

Dashiell HAMMET, *El balcón maltés*

William FAULKNER, *Mientras yo agonizo*

John DOS PASSOS, *El paralelo 42*

1932

Ramón J. SENDER, *Siete domingos rojos*

Benjamín JARNÉS, *Lo rojo y lo azul*

François MAURIAC, *Nido de víboras*

Antoine de SAINT-EXUPÉRY, *Vuelo nocturno*

Louis F. CÉLINE, *Viaje al final de la noche*

Aldous HUXLEY, *Un mundo feliz*

Joseph ROTH, *La marcha Radetzky*

William FAULKNER, *Luz de agosto*

Ernest HEMINGWAY, *Muerte en la tarde*

Erskine CALDWELL, *El camino del tabaco*

1936

Ramón J. SENDER, *Mr. Witt en el Cantón*

Georges BERNANOS, *Diario de un cura rural*

Louis F. CÉLINE, *Muerte a crédito*

Par LAGERKVIST, *Hombre sin alma*

Djuna BARNES, *El bosque de la noche*

Margaret MITCHELL, *Lo que el viento se llevó*

1939

Ramón J. SENDER, *El lugar de un hombre*

Graham GREENE, *El agente confidencial*

Jean Paul SARTRE, *El muro*

Pierre Drieu de la Rochelle, *Gilles*

Ernst JÜNGER, *Sobre los acantilados de mármol*

Elio VITTORINI, *Conversación en Sicilia*

John STEINBECK, *Las uvas de la ira*

Raymond CHANDLER, *El gran sueño*

1942

Ramón J. SENDER, *Epitalamio del prieto Trinidad y Crónica del alba*

Camilo J. CELA, *La familia de Pascual Duarte*

Albert CAMUS, *El extranjero*

Karen BLIXEN, *Cuentos de invierno*

William FAULKNER, *¡Desciende, Moisés!*

1947

Ramón J. SENDER, *La esfera*

Ramón GÓMEZ DE LA SERNA, *El hombre perdido*

Albert CAMUS, *La peste*

Boris VIAN, *La espuma de los días*

Thomas MANN, *Doctor Faustus*

Malcolm LOWRY, *Bajo el volcán*

Alberto MORAVIA, *La romana*

Cesare PAVESE, *El camarada*

Osamu DAZAI, *El sol se apaga*

1949

Ramón J. SENDER, *El rey y la reina*

Francisco AYALA, *La cabeza del cordero*

Jean GENET, *Diario de un ladrón*

George ORWELL, 1984

Heinrich BÖLL, *El tren llegó puntual*

Curzio MALAPARTE, *La piel*

Henry MILLER, *Plexus*

Jorge Luis BORGES, *El aleph*

1952

Ramón J. SENDER, *El verdugo afable*

Italo CALVINO, *Las dos mitades del vizconde*

Juan José ARREOLA, *Confabulario*

Ernest HEMINGWAY, *El viejo y el mar*

Ralph ELLISON, *El hombre invisible*

1953

Ramón J. SENDER, *Mosén Millán*

(*Réquiem por un campesino español*)

Ana M^a MATUTE, *Fiesta al Noroeste*

Alain ROBBE-GRILLET, *La doble muerte del profesor Dupont*

Carlo CASSOLA, *La tala del bosque*

Ingeborg BACHMANN, *El tiempo demorado*

Juan RULFO, *El llano en llamas*

Alejo CARPENTIER, *Los pasos perdidos*

Ray BRADBURY, *Fahrenheit 451*

Saul BELLOW, *Las aventuras de Augie March*

1956

Ramón J. SENDER, *Bizancio*

Rafael SÁNCHEZ FERLOSIO, *El Jarama*

Albert CAMUS, *La caída*

Giorgio BASSANI, *Cinco historias de Ferrara*

Heimito Von DODERER, *Los demonios*

Julio CORTÁZAR, *Final del juego*

Yukio MISHIMA, *El pabellón dorado*

1958

Ramón J. SENDER, *Los laureles de Anselmo*

Carmen MARTÍN GAITE, *Entre visillos*

Max AUB, *Jusep Torres Campalans*

Lawrence DURRELL, *Baltasar y Mountolive*

Giuseppe T. de LAMPEDUSA, *El gatopardo*

Marguerite YOURCENAR, *Memorias de Adriano*

Boris PASTERNAK, *El doctor Jivago*

Carlos FUENTES, *La región más transparente*

José M^a ARGUEDAS, *Los ríos profundos*

Truman CAPOTE, *Desayuno en Tiffany's*

William BURROUGHS, *El almuerzo desnudo*

1961

Ramón J. SENDER, *Novelas ejemplares de Cíbola*

Simone de Beauvoir, *La fuerza de la edad*

Ernesto SÁBATO, *Sobre héroes y tumbas*

Juan Carlos ONETTI, *El astillero*

V. S. NAIPAUL, *Una casa para Mr. Biswas*

Carson MACCULLERS, *Reloj sin manecillas*

Yasunari KABAWATA, *La casa de las bellas durmientes*

1964

Ramón J. SENDER, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*

Jean Paul SARTRE, *Las palabras*

William GOLDING, *La construcción de la torre*

Max FRISCH, *Pongamos que me llamo Gantenbein*

Martin WALSER, *El cisne negro*

Juan Carlos ONETTI, *Juntacadáveres*

Clarice LISPECTOR, *La pasión según G. H.*

Saul BELLOW, *Herzog*

1967

Ramón J. SENDER, *Las criaturas saturnianas*

Juan BENET, *Volverás a Región*

Michel TOURNIER, *Viernes o los limbos del Pacífico*

Milan KUNDERA, *La broma*

Guillermo CABRERA INFANTE, *Tres tristes tigres*

Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, *Cien años de soledad*

William STYRON, *Confesiones de Nat Turner*

1969

Ramón J. SENDER, *En la vida de Ignacio Morel y Nocturno de los 14*

Camilo J. CELA, *San Camilo 1936*

Miguel DELIBES, *Parábola del naufrago*

Jorge SEMPRÚN, *La segunda muerte de Ramón Mercader*

Graham GREENE, *Viajes con mi tía*

Mario VARGAS LLOSA, *Conversación en la Catedral*

Vladimir NABOKOV, *Ada o el ardor*

Philip ROTH, *El lamento de Portnoy*

Kurt VONNEGUT, *Matadero 5*

NOTA BIBLIOGRÁFICA



Buena parte de los libros de Sender se hallan "vivos", como quiere la jerga de los editores, en el catálogo de la **Editorial Destino**. Conviene, además, señalar la existencia de varias ediciones críticas, entre ellas la de *Imán y El lugar de un hombre* (Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, Col. Larumbe) y la de *Mr. Witt en el Cantón* (Castalia, Madrid, 1987, Clásicos Castalia), con prólogos de F. Carrasquer, D. Pini y J. M. Jover Zamora, respectivamente. Son de interés dos compilaciones de textos juveniles del autor: *Primeros escritos (1916–1924)*, con introducción y notas de J. Vived (IEA, Huesca, 1993, Col. Larumbe) y *Ramón J. Sender: literatura y periodismo en los años 20 (Antología)*, L'Astral, Zaragoza, 1992 (en edición de J. D. Dueñas).

Los interesados en la vida del escritor deben consultar la *Correspondencia Ramón J. Sender–Joaquín Maurín (1952–1973)*, ed. Francisco Caudet, Madrid, Ediciones de la Torre, 1995 y el singular testimonio del hijo del autor, Ramón Sender Barayón, *Muerte en Zamora*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990, que concierne a la muerte de la esposa de Sender y la posterior relación con sus hijos. La opinión del propio escritor y valiosas informaciones sobre su obra están presentes en las imprescindibles *Conversaciones con*

Ramón J. Sender de M. C. Peñuelas, Magisterio Español, Madrid, 1970. La imagen y la voz de Sender nos son accesibles hoy gracias a la edición en vídeo de la entrevista televisiva que mantuvo con Joaquín Soler Serrano (Editrama, Videoteca de la Memoria Literaria, Barcelona, 1998).

Las tres primeras monografías de fuste fueron las de F. CARRASQUER, *"Imán" y la novela histórica de Ramón J. Sender: primera incursión en el "realismo mágico" senderiano*, Tamesis Books, Londres, 1970; M. C. PEÑUELAS, *La obra narrativa de Ramón J. Sender*, Gredos, Madrid, 1971, y Ch. L. KING, *Ramón J. Sender*, Twayne Publishers, Nueva York, 1974. En lo concerniente a la etapa de formación del escritor destacan los trabajos de P. COLLARD, *Ramón J. Sender en los años 1930–1936. Sus ideas sobre la relación entre literatura y sociedad*, Universidad de Gante, 1980, y sobre todo J. D. DUEÑAS, *Ramón J. Sender (1924–1939). Periodismo y compromiso*, IEA, Huesca, 1994. Algunos artículos significativos sobre el autor, publicados entre 1932 y la fecha de edición, se compilaron en *Ramón J. Sender. In memoriam*, ed. José-Carlos Mainer, DGA–Ayuntamiento de Zaragoza–IFC–CAZAR, Zaragoza, 1983. También es de interés *El lugar de Sender. Actas del I Congreso Internacional sobre Ramón J. Sender*, ed. J. C. Ara Torralba y F. Gil Encabo, IEA–IFC, Huesca–Zaragoza, 1997. El Instituto de Estudios Altoaragoneses patrocina el Proyecto Sender que custodia, en su sede de Huesca, la más completa biblioteca de y sobre el autor.



1. **Aragón y Europa** • Servicio EuroCAI
2. **La Santa Capilla del Pilar** • A. Ansón y B. Boloqui
3. **Los Tapices de La Seo de Zaragoza** • Equipo de Redacción Cai100
4. **Los botánicos aragoneses** • Vicente Martínez Tejero
5. **El traje tradicional en Aragón** • Jesús A. Espallargas
6. **La economía agroalimentaria en Aragón** • Luis Miguel Albisu
7. **Baltasar Gracián. La iluminada brevedad** • Ignacio Izuzquiza
8. **La matacía** • José Ramón Marcuello
9. **La Navidad en Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
10. **Los monasterios de Aragón** • Agustín Ubieto
11. **El Cid en Aragón** • Alberto Montaner
12. **Diseño industrial. Una perspectiva aragonesa** • Juan M. Ubierno
13. **El clima de Aragón** • José María Cuadrat
14. **El nacimiento de Aragón** • Juan F. Utrilla
15. **Marcial** • Concha García Castán
16. **La industria en Aragón** • Adolfo Ruiz Arbe
17. **Los fotógrafos aragoneses** • Carmelo Tartón
18. **La cerámica aragonesa** • M^a Isabel Álvaro Zamora
19. **El escudo de Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
20. **La medicina del siglo XVII en Aragón** • Asunción Fernández Doctor
21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello - José Ramón Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán

26. **El Real Zaragoza** • José Miguel Tafalla
27. **El reino de Saraquista** • M^a José Cervera
28. **Gargallo, Condoy, Serrano** • Ángel Azpeitia
29. **Los vinos aragoneses** • Juan Cacho Palomar
30. **Ramón J. Sender** • José-Carlos Mainer



31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical aragonés** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos aragoneses** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano
36. **La techumbre de la Catedral de Teruel** • Gonzalo M. Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Joaquín Costa y Lucas Mallada** • Eloy Fernández Clemente
45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez